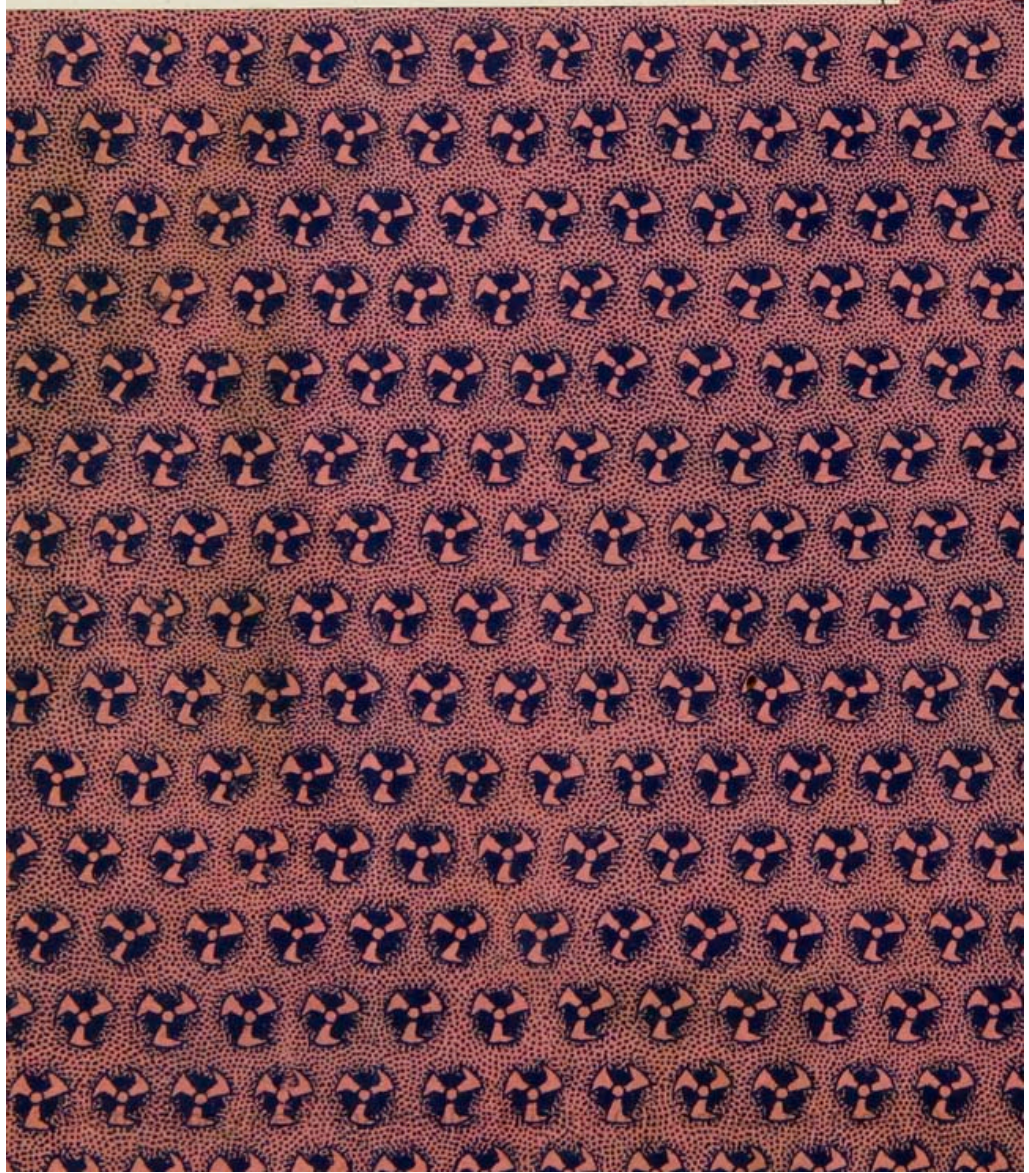
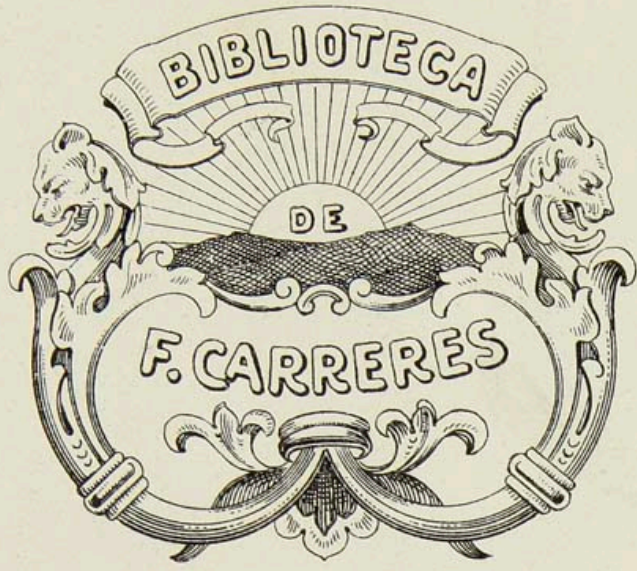
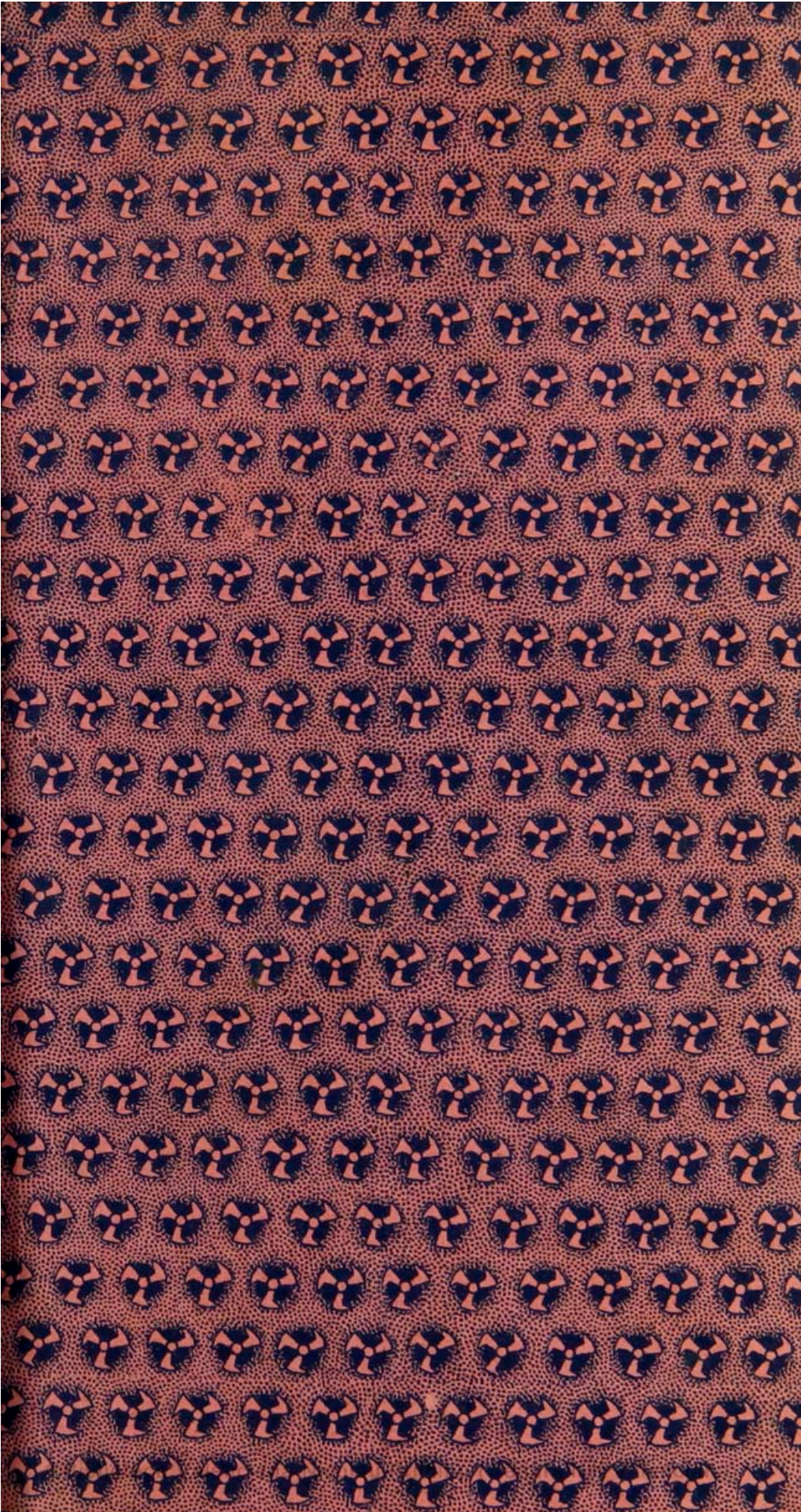


8
ES





TEODORO LLORENTE

VERSOS DE
LA JUVENTUD

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ, CARRERA
DE SAN JERÓNIMO, NÚM. 2, MADRID

VERSOS DE LA JUVENTUD



Fedoro Morente

AGOSTO DE 1866.

Carreres /1306

TEODORO LLORENTE

VERSOS DE
LA JUVENTUD

1854-66

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ, CARRERA
DE SAN JERÓNIMO, NÚM. 2, MADRID

Este libro es propiedad del autor.
Están hechos los depósitos que pre-
viene la Ley.

Establecimiento tipográfico de Domenech
Valencia: calle del Mar, 65



ADVERTENCIA PRELIMINAR

Me han pedido varias veces algunos amigos que reuna y publique mis poesías castellanas originales, y me había resistido siempre á su afectuosa solicitud. «¿Por qué, me decían, habiendo dado usted á la estampa, en repetidas ediciones, sus versos valencianos, niega la luz á los que ha escrito en el idioma nacional?» El caso es muy diverso, les contestaba: mis versos valencianos (buenos ó malos) contribuyeron algo á una empresa, cuya importancia no puede negarse, á la obra de la renaixensa, al resurgimiento litera-

rio de la que dulcemente llamamos nuestra lengua materna, y de su poesía. Orgullo tengo, y creo dispensable este orgullo, en haber ayudado, por poco que sea, á ese movimiento.

Mis versos castellanos no tuvieron intención literaria, casi no fueron ni son literatura. Desahogo espontáneo, en mi juventud, de sentimientos propios de aquella dichosa edad, cumplieron su objeto al aparecer algunos de ellos en periódicos y revistas, en hojas volantes, que se llevó el viento al día siguiente, quedando otros, los más sentidos, en la sombra de lo íntimo é inédito. Después, dedicado con preferencia al cultivo de la poesía valenciana, y á la versión de los poetas extranjeros en rima castellana, fueron ya pocas las poesías de mi propio caletre que escribí en esta lengua, más veces por compromiso y sugestión ajena que por echar afuera lo que tenía en lo más hondo. Tampoco esto constituye una obra poética, con carácter y significación propios, digna de formar un todo entre las tapas de un libro.

Era, pues, muy firme mi negativa á los deseos de los amigos, cuando unas pocas palabras de uno de ellos me desconcertaron y dieron al traste con mi resolución. «Está visto, me dijo, que no veremos esos versos hasta que usted muera, mucho

que tarde». Pensé entonces que tengo, por dicha, hijos, y deudos, y amigos, en quienes exagera el afecto lo poco que valgo; que en estos tiempos publicar un libro es la cosa más fácil, usual y corriente, y que bien pudiera ser que, muerto yo, entrasen á saco en mi escritorio y en mi biblioteca los que, queriéndome mucho, hicieran el desaguisado de coleccionar y dar á la imprenta, sin justa medida, cuantos versos encontrasen. ¡Oh! ¡Eso no! Eso no puede ser, eso no debe ser.

¿Cómo evitarlo? No encuentro más que un remedio: anticiparme á la obra indiscreta y muy probable del cariño. Publicar yo algo, poco, de lo que escribí en otro tiempo, de lo que entonces vivió un día, ó no llegó á vivir la vida de la publicidad. Esto es lo que voy á hacer, en obsequio á un círculo de lectores muy estrecho y de antemano benévolo. Los que se dejan llevar por las novedades de los poetas modernistas, no lean mis trasnochados versos: cuando los escribí no se habia hecho el prodigioso invento de los nuevos moldes en los que, al cabo de tantos siglos, ha de encontrar la forma verdadera la eterna poesia, ni, después de inventados, me acomodaria yo á ellos, por pobreza de ingenio, sin duda.

Dedico este volumen á dar ligera muestra de

los versos de mi juventud, y por eso le pongo este título. Si Dios me alarga algo la vida, daré en otro tomo lo mejorcito de los que compuse en mi edad madura, á no ser que el primero sea recibido con tan severa critica ó con tanta displicencia que me hagan cambiar de propósito.

T. LL.





SALUDO

Salud, lector! ¡Salud, bella lectora!
Un novel trovador
Para sus versos tímidos implora
Vuestro ansiado favor.

Sabed que triste, inútil, vagamundo,
Rico de amor y fe,
Soy de esos que van solos por el mundo
Buscando un no sé qué.

De esos que, lleno de húmedos reflejos
El profundo mirar,
Tienden la vista estática á lo lejos,
A los cielos ó al mar.

De esos que á todos oyen distraídos,
Gente de arisco humor,
Que tiene siempre hirviendo en los oídos
La música interior.

Soy uno de esos locos, que guardado
Llevan dentro de sí
Un tesoro mejor que el codiciado
Metal del Potosí,

Y satisfechos de vivir sin blanca,
Atentos á otro afán,
Pobres hombres al mismo Salamanca
Y á Rostchild llamarán.

¿Os sorprendéis? ¿Os indignáis? ¿O acaso
«Dejémosle» decís,
Y con desdén torciendo el lento paso
Vuestra marcha seguís?

¿Qué importa? Si alguien oye su ágil trino
Ignora el ruiseñor;
Canta porque cantar es su destino,
Su delicia y su amor.

Digna mi voz del universo sea,
O á modesto almacén
Resmas para envolver alcaravea
Mis pobres versos den,

Para ajustar al cadencioso metro
Mi anhelo y mi ansiedad,
Vuestra sagrada inspiración impetro,
¡Oh Musas de otra edad!

Decidme si ficción vana y mentida
Mis dulces sueños son,
Ó aún puede ser verdad lo que á la vida
Demanda la ilusión.

Decidme si el benéfico rocío
Del amor aún vertéis
En este siglo calculista y frío
Del dos más cuatro, seis;

Si en el campo, que inunda de fragancia
Brisa primaveral,
El idilio escapó á la vigilancia
De la Guardia rural;

Si en nuestras calles alineadas queda
Algún negro rincón
Donde Romeo audaz escalar pueda
De Julieta el balcón;

Si aún las brujas de Mácbeth en el yermo
Al ambicioso dan
La horrible fiebre que su pecho enfermo
Convierte en un volcán;

Si el Ingenioso Hidalgo el mundo aún sueña
Que su delicia fué;
Si aún en alguna tosca lugareña
A Dulcinea ve;

Si aún Segismundo envidia, al peso grave
Doblada la cerviz,
Del arroyo y el bruto, el pez y el ave
La libertad feliz;

Si, lleno de inocencia y de infinita
Ternura el corazón,
Hace aún rodar su torno Margarita
Cantando su canción;

Si algún viejo doctor, de ánimo exhausto,
Si algún fiero galán,
Vende su alma al demonio, como Fausto,
Reta á Dios, cual Don Juan.

Decidme si de dulce poesía
Algún rayo vertéis,
Musas, en esta edad prosaica y fría
Del dos más cuatro, seis.

Y tú, lector, y tú, lectora hermosa,
Si (¡Dios lo quiera así)
El flojo hilván de mi rimada prosa
Seguisteis hasta aquí;

Si en vuestro pecho, cual tardío germen,
En tierra sin calor,
Los soñadores sentimientos duermen
De la fe y el amor;

Venid, venid, y en delicadas flores
De perfume inmortal
Los veréis desplegarse á los fulgores
Del sol del ideal.





DEDICATORIA

A D.

FLORES del campo, de fugaz aroma,
Mis pobres versos son, amada mía;
Flores que nacen cuando el alba asoma,
Flores que mueren cuando muere el día.

En el bosque, en el valle, en la pradera,
Brotan, y nadie aprecia su atavío;
Auras tibias les da la primavera;
Les da el cielo benéfico rocío.

Blando perfume en el desierto exhala
Su tierno cáliz cuando el sol las dora;
Mas bate el viento juguetón el ala,
Y su inútil fragancia se evapora.

El alba les prestó vida y frescura,
Las mata el sol cuando en el zénit arde,
Y heno marchito sobre roca dura
Son al caer las sombras de la tarde.

Nunca ornaron sus pálidos matices,
Pobres y tristes para tanta gloria,
Ni las de la beldad sienes felices,
Ni la altiva cerviz de la victoria.

No más dulce recuerdo les promete
Tu corazón, que llenan mis amores;
Guarda tú, pues, el mustio ramillete,
¡Tú, para quien cogí todas sus flores!





EN EL CAMPO

VERSOS DE LOS DIEZ Y OCHO AÑOS

EL campo! ¡Un perro fiel y una escopeta!
¡Horizonte sin término delante!
¡Los ojos, para verlo, del poeta!
¡Para poblarlo, el alma del amante!

¡Ni senderos, ni límites, ni guía!
¡A mis errantes pasos campo abierto!
¡Campo abierto á mi suelta fantasía
Que en jardín trueca el árido desierto!

No temáis, codornices de estos prados;
En el nido á mis pies dormid en calma.
Siguiendo van mis pasos descuidados
Una sombra, ¡la sombra de mi alma!

Una sombra, que busco y entreveo,
Y desaparece al punto vagarosa;
A la que va constante mi deseo
Como la abeja al cáliz de la rosa.

Imagen que mi espíritu adivina
Ó finjen mis anhelos burladores;
Hada, ninfa ó mujer, visión divina
De los que siento yo locos amores.

¡Oh luz del sol, que en la enramada umbría
Filtrándolas, tus ráfagas destellas!
Tú enciendes mi ardorosa fantasía,
Que sus cabellos de oro mira en ellas.

¿Por qué, flor engañosa del granado,
Tus pétalos desplegas carmesíes?
Para fingir su labio perfumado
Parece que entreabriéndote sonrías.

¿De dónde, oh brisa, la fragancia tomas
Que dulce exhalas? ¿Eres su suspiro?
Aspiro de su aliento los aromas
Cuando tu soplo embalsamado aspiro.

¿No son sus vestiduras y sus velos
Nubes doradas, vuestros leves tules?
¡Oh! ¡me parece, al contemplar los cielos,
Que llenan su extensión ojos azules!

¿Por qué, flotando incierta sobre el aura,
Huyendo vas, de mí siempre delante,
De mí, que te amo cual Petrarca á Laura,
Y como á Bëatriz adoró el Dante?

La soledad te place, y te evaporas
Del bullicioso mundo en el estruendo;
Mas ¡ay! si en estos dulces campos moras,
Por qué en vano te voy siempre siguiendo?

No temas: á través de este follaje,
Nada pudieran ver ojos profanos;
Déjame asir las orlas de tu traje,
Que huyeron tantas veces de mis manos.

Deja que rasgue la encantada gasa
Que me roba tus mágicos hechizos;
Que en la luz de tus ojos, que me abrasa,
Absorba del amor los bebedizos.

Deja que amantes y ávidos mis ojos
Tus encantos sin velo una vez vean;
Que mire sonreír tus labios rojos;
Que verdad una vez mis sueños sean.

Un pliegue, de tu manto desprendido,
Rosa mi sien, y en torno de mí giras;
Y vienes y suspiras á mi oído,
Y te vas, y á lo lejos aún suspiras.

Y corro adonde escucho tu suspiro,
Y responde burlona carcajada;
Y atento escucho y extasiado miro,
Y nada logro ver, y no oigo nada.

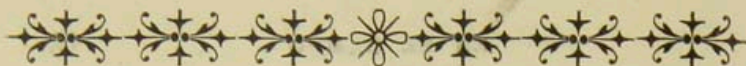
Si es tu imagen un rayo de la luna,
Si es tu suspiro el aura entre las ramas,
Fantasma de mis sueños importuna:
¿Por qué me llamas? dí: ¿por qué me llamas?

¡Soñado encanto de mis horas tristes!
A tu voz mi alma armónica responde.
¡Oh! ¡no eres ilusión! Si aquí no existes,
En su hondo seno el corazón te esconde.

Eres la luz sagrada que ilumina
Los ensueños fantásticos del vate;
Impulso celestial, fuerza divina,
Que misteriosa en nuestro pecho late.

¡Oh, mi amor! De tu luz resplandeciente
Sólo llegan al mundo los reflejos;
Nadie imprimió sus labios en tu frente:
¡Feliz yo que te pude ver de lejos!





EN LA FUENTE

ROMANCE LUGAREÑO

LA penumbra del ocaso
Desciende ya de la sierra,
Y á las oraciones llama
El esquilón de la aldea.
En lo más hondo del valle
Vierte un manantial sus perlas;
Música le dan los mirlos,
Sombra le da la arboleda.

Por agua viene una moza,
El cántaro en la cabeza;
Su faz de rosas da envidia
Á la misma primavera.

Pone el cántaro á la fuente
Y en dura roca se sienta;
Los dulces mirlos le cantan,
Los árboles la sombream.

Ya está lleno el cantarito,
Ya está lleno de agua fresca;
La bella no lo recoge:
¿En qué pensará la bella?

Un labrador con su yunta
Cruza la próxima senda:
—«¿Qué haces en la fuente, niña?
¿No ves que la noche cierra?

—Para mi pobre hermanito
Busco un nido en la maleza,
Pues he prometido dárselo
Si va mañana á la escuela».

Por la fuente el pastor pasa,
El pastor con sus ovejas:
—«¿Qué haces, niña? El sol se ha puesto,
Y los lobos andan cerca.

—Mi madre, mi pobre madre,
Es anciana y está enferma;
Para darle aliento y vida,
Busco aromáticas yerbas».

El cura con su breviario
Hacia el pueblo da la vuelta:
—«¿Qué haces, niña? La campana
Te está llamando á la iglesia.

—Flores no tiene la Virgen,
Y mañana, padre, hay fiesta;
Para su altar hacer quiero
Dos guirnaldas de violetas».

* * *

Ya el labrador con su yunta,
Ya el pastor con sus ovejas,
Ya el cura con su breviario,
Á paso lento se alejan.

Ya con gallarda soltura,
Saltando de peña en peña,
Baja al valle con sus perros
El cazador de la selva.

—«¡Dios te guarde, niña hermosa!
—¡Cazador, Dios te proteja!

—¿Por quién vienes á la fuente?

—¿Por quién bajas de la sierra?

—¿No lo dice mi alegría?

—¿No lo dice mi vergüenza?

—Soy quien ansioso te busco.

—Soy quien ansiosa te espera».

Y tiernamente se abrazan

El cazador y la bella,

Y mudos callan los mirlos,

Y obscura la noche cierra.





AMORES DE POETA

EN pobre cuarto de último piso
Tengo, lectoras, un paraíso:
Coja una mesa, rota una silla,
Una ventana donde el sol brilla;
En ella, tiestos llenos de flores,
Libros y plumas, y mis amores.
Grato es el libro, la luz es bella,
Pero más dulce que todo, es ella:
La innominada, la misteriosa,
La que idolatro como una diosa.

Cuando á mis solas pienso ó escribo,
Su aliento suave débil percibo,
Que, cual el soplo del aura blando,
Pasa, mis sienes acariciando.
Compongo versos, si se me antoja,
Y al ir tejiendo su trama floja,
Si hallo dichoso difícil rima,
Ella, callada, se me aproxima,
Y en recompensa, sonoro beso
Siento en mi frente pálida impreso.

No ruborosas bajéis la vista;
No es ¡oh lectoras!, no es mi conquista
Mujer que celos daros pudiera;
No es bailarina, ni costurera;
A un quinto piso, de ochenta gradas,
Tan sólo llegan sílfides y hadas.
Quien largas noches conmigo vela,
Quien me acaricia, quien me consuela,
Quien de mis libros las hojas vuelve,
Quien mis amargas dudas resuelve,
Quien á otros mundos mis pasos guía,
Es vuestra hermana: ¡la Poesía!





LA FLOR AMARILLA

I

ERA el día del Corpus: el incienso
Velaba la Custodia; reverente,
De rodillas postrado, un pueblo inmenso
Inclinaba la frente.

Sobre la prosternada muchedumbre,
Su amortiguado resplandor unía,
De cirios mil á la rojiza lumbre,
El moribundo día.

Los sacerdotes, con sus mantos de oro,
Se extendían en filas prolongadas,
Dando á los aires el solemne coro
De sus notas pausadas.

Con vibración guerrera, seca y ruda,
Redoblaba el tambor de los soldados,
Que altiva alzaban la cerviz desnuda
En silencio formados.

Se traslucía en tan solemne calma
Algo de otra región, algo del cielo,
Y de terreno peso libre el alma,
Tendía el raudo vuelo.

Tú entonces, bella, no con la hermosura
Que inflama, que trastorna, que fascina;
Con belleza ideal, cándida y pura,
Con belleza divina,

A mis ojos radiante apareciste
Cual pitonisa de sagrado oráculo;
Cual ángel que sonrío dulce y triste
Al pie del tabernáculo!

En tus ojos ardía santo fuego;
Conmovidos tus labios murmuraban
Quizás palabras de inocente ruego,
Que sólo á Dios llegaban.

Contemplabas á Dios: placer divino
Brillaba en tus pupilas amorosas;
Y alfombraban tus manos su camino
De azucenas y rosas.

Sumido en mis ensueños seductores,
Embebecido en éxtasis intenso,
El aroma aspiré de aquellas flores
Y el olor del incienso.

Y una flor, una flor á Dios robada,
En mi diestra feliz muda pusiste,
Y alumbró una sonrisa, una mirada
Tu faz pálida y triste.

Una sonrisa de tan dulce encanto,
Que abrió á mis ojos deslumbrantes cielos;
Una mirada que me dijo tanto,
Que colmó mis anhelos.

Ni una palabra la imponente calma
De aquella augusta escena á turbar vino;
Fué una revelación del alma al alma
En su idioma divino.

II

¡Prenda adorada de pasión naciente,
Pura como su amor, como él sencilla!
Conservarte yo juro eternamente,
¡Pobre flor amarilla!

Mis goces y mis penas en tí impresos,
Flor triste, quedarán. ¡El cielo santo
Quiera que no recibas con mis besos
El raudal de mi llanto!

Si de sus ojos, do mi bien fulgura,
La luz vital desventurado pierdo,
Consuelo serás tú de mi amargura,
Dulcísimo recuerdo.

Y si triunfan dichosos mis amores
Y su nupcial corona hermosa brilla,
Marchita y seca entre sus frescas flores,
¡Tú la mejor serás, flor amarilla!

17 de Junio de 1857.





LA LUZ

Poeta, pulsa la lira
Y alza la sien soñadora;
Abre los ojos, y admira;
Abre el corazón, y adora.
Con alas de águila hiende
Los espacios, y descende
Sobre tí la inspiración;
Yo soy aquel rayo de oro
Que hería el mármol sonoro
De la estatua de Memnón.

Soy la Luz; soy el destello
Que de Dios brilla en la frente;
Soy la aureola de lo bello;
De la vida soy la fuente.
¿Ves esos cielos profundos,
Esos astros, esos mundos?
Todos existen por mí.
Dios, que crearlos quería,
Miró á la extensión sombría,
Dijo una palabra, y fuí.

Vestido el caos de nieblas
Y agitándose entre brumas,
Batía en mar de tinieblas
Negras olas sin espumas.
Yo, contra el monstruo funesto
Flamígero dardo asesto,
Y en rápida dispersión,
Desgarradas por mis flechas,
Las sombras, girones hechas,
Barre el airado aquilón.

Rotos los fúnebres velos,
Corónanse de albas lumbres,

Y en los transparentes cielos
Alzan los montes sus cumbres.
Serenos, á sus pies dilata
El mar las olas de plata
Que nadie pudo medir;
Y al són de ignorada lira
El coro de estrellas gira
En esferas de zafir

Desde entonces, la alborada,
Incendiando el horizonte,
Baña con su luz rosada
La frente adusta del monte;
Desde entonces también arde
El cielo al morir la tarde
Tinto en sangriento arrebol,
Pues, por luminar del mundo,
En el espacio profundo
Puse la antorcha del sol.

Yo á la luna misteriosa
Doy la claridad tranquila
Que en secreto bebe ansiosa
La soñadora pupila.

Yo á las nocturnas estrellas
Vestí con sus luces bellas,
Y piadosa darles sé
Esos resplandores santos
Que os revelan los encantos
Del amor y de la fe.

Tú, que al ocaso y la aurora,
Sin fatiga y sin enojos,
Cual águila triunfadora,
Clavas en el sol los ojos,
Canta la luz. Los risueños
Siglos de los dulces sueños,
Por Dios, al vate inmortal
El númen dieron, que guía
En la inmensidad vacía
Mi regio carro triunfal.

Canta, canta, hijo de Apolo,
Canta el alba soñolienta
Que en los cristales del Polo
Vierte luz que no calienta;
El astro que en vuestro estío
Entre perlas de rocío

Dora la pálida mies,
Y el rojo sol africano
Tostador del polvo vano
Que arrastra el simún después.

Canta la noche estrellada,
Canta el luminoso día,
Canta la tarde, bañada
En dulce melancolía;
Canta las pintadas flores,
A las que vario en colores
Presto brillante matiz;
Canta las parleras aves,
Que anuncian con trinos suaves
Del sol la vuelta feliz.

Canta, canta á las hermosas,
Si á tanto tu voz se atreve;
Las de megillas de rosas,
Las de garganta de nieve;
Canta sus ojos amantes,
Que destellan deslumbrantes
Vida, fe, dicha y amor,
Porque en ellos puse ufano,

Por hechizo soberano,
Un rayo de mi fulgor.

Y si este mundo no basta
A tus ansias de poeta,
El vuelo tiende entusiasta;
Pasa audaz la vulgar meta.
De los astros sube al coro;
Sobre sus órbitas de oro
Ven, de mis huellas en pos,
Y en la celeste morada
Bebe la luz increada
Que irradia el rostro de Dios.

Verás, con impulso blando,
Entre hermosos arreboles,
A tus pies lentos girando,
Mundos, estrellas y soles;
Y allí las esferas todas
Cantarán las santas bodas
De tu espíritu inmortal
Con la luz, que hoy á tu mente
Revela confusamente
Tu ambicionado ideal.



LA SOMBRA

OH pensativo poeta!
Deja la importuna lira,
Y eleva á Dios la secreta
Voz que en tu interior suspira.
Yo, sobre todas las frentes
Inspiradas ó dolientes,
Las alas siempre tendí:
La Sombra soy, y los sueños
Coronados de beleños
Van siempre detrás de mí.

Yo adormezco en dulce calma
Los párpados fatigados,
Y abro á los ojos del alma
Horizontes encantados;
A Homero, la brilladora
Llama nuestro, que devora
Los alcázares de Ilión;
Y rasgando eternas nubes
Las guerras de los querubes
Revelo al Ciego de Albión.

Soy para el hombre el reposo,
Soy el plácido sosiego,
Que del vivir fatigoso
Rompe el círculo de fuego.
Huyo de la luz, y habito
En el espacio infinito
Do nadie me arrojará;
Ardan miles de lumbreras;
Yo de todas las esferas
Seré siempre el más allá.

Cuando el ave vuela al nido,
Y la flor el cáliz cierra,

Y el descanso y el olvido
Y la paz ama la tierra;
Cuando el labrador cansado
Se inclina sobre el arado
Que su diestra encalleció,
Y oye triste la lejana
Vibración de la campana,
Entonces desciendo yo.

Desciendo al morir el día,
Dormida en el blando coche
En donde el Silencio guía
Los caballos de la noche;
Va esparciendo en torno mío
Sus lágrimas el rocío,
Y con triste majestad
Marcha detrás la tiniebla,
Que inunda el espacio y puebla
De encantos la inmensidad.

Y allá en los bosques umbríos
Llenos de rumores vagos,
Y en las nieblas de los ríos,
Y en las brumas de los lagos,

Vestida de leve gasa,
Triste y misteriosa pasa
La sombra de una mujer,
Hada, sílfide ú ondina,
Imagen siempre divina
Que el amor hizo nacer.

El amor, que á la importuna
Luz del sol no alza la frente,
Y á quien doy la blanca luna
Por callado confidente.
Mi ala pálida le abriga;
Su paso esconde, y amiga
Tiendo el velò protector
Cuando, con su puro aliento,
En el más feliz momento
La antorcha apaga el rubor.

Tú, vate, que nada ignoras
De lo que ocultan mis velos;
Tú, que en las nocturnas horas
Abiertos miras los cielos,
En mi silencio profundo
La que no comprende el mundo

Exhala queja febril,
Como sus goces y penas
Cantan en noches serenas
Los ruiseñores de Abril.

Canta la selva frondosa,
Que para darme guarida
Entreteje misteriosa
Las ramas do el ave anida;
Canta la florida alfombra
Tendida á su húmeda sombra,
Y la gruta de cristal
En cuyo fondo sombrío
Gota á gota cae del río
El límpido manantial.

Canta los valles que guarda
Del sol la verde colina,
Que protectora la parda
Frente de rocas inclina;
Canta la pajiza choza
Donde fresca sombra goza
El cansado cazador,
Cuando, con su can sediento,

Huye del árido aliento
Del verano abrasador.

Canta la humilde violeta
Entre las hojas oculta,
Y la perla que discreta
En los mares se sepulta;
Canta los dulces hechizos
Que vela con blondos rizos
La vergonzosa beldad;
Canta lo que bello asombra
Al mundo, y busca en la sombra
Un velo á su honestidad.

Canta, y hallarás abiertas
En las horas del misterio
Las maravillosas puertas
De mi halagador imperio;
En sus soledades vastas,
Veladas por sombras castas,
Los prodigios podrás ver,
Que, imponentes ó risueños,
En lo mejor de tus sueños
No llegaste á comprender.

Todo lo que el alma ansía,
Y apetece la esperanza,
Y finge la fantasía,
Y en el mundo no se alcanza,
Yo te lo daré ¡oh poeta!,
Si tu inspiración inquieta
De mis huellas vuela en pos
Hasta el remoto palacio
Donde lleno el vasto espacio
Y oculto la faz de Dios.





¡AMOR!

QUIERES saber cuál es el dulce encanto
De las estrellas, luminosas flores
Que te embelesan tanto?
¿Cuál es la magia de la blanca luna
Que en tus ojos refleja sus fulgores
Como en el limpio azul de una laguna?
¿Por qué á tus labios brotan los suspiros
Cuando vuela el tropel de las palomas
Sobre tu frente en cadenciosos giros?
¿Por qué, cuando te brindan sus aromas

Jazmines ó azucenas,
En delicias pensando aún no gozadas,
Sientes por tiernas lágrimas bañadas
Tus pupilas serenas?
¿Por qué, si el viento trae á tus oídos
Lejana melodía,
Te embarga dulcemente los sentidos
Blanda melancolía?
¿Por qué en todas las cosas,
En los cardos lo mismo que en las rosas,
Ves algo halagador?
Ese anhelar, que tu alma aún no conoce,
Esas palpitaciones temerosas,
Eso, que es á la vez tormento y goce,
Eso es amor, eso es naciente amor.

El inútil empeño
Con que llaman al sueño
Tus hermosas pupilas desveladas;
Los púdicos sonrojos
Que á tu rostro dan vivas llamaradas
Si clavo en él los extasiados ojos;
Tu labio silencioso, avergonzado,
Que en vano espero que abras,

Y responde mejor, mudo y cerrado,
A mis dulces palabras;
Tu mirar, que unas veces inclinado,
En tus párpados halla densos velos
Para que yo en tu espíritu no lea,
Y otras veces, alzándose á los cielos,
Con inmensa pasión relampaguea;
La alegría radiante
Que inunda tu semblante;
La rosa que á tu pecho cuidadosa
Prendes todos los días,
Porque segura estás de que esa rosa
Te hurtaré, repitiendo mis porfías;
El fingido desdén, que oculta apenas,
Cuando mi audacia y mi pasión refrenas,
Tu júbilo interior;
Y la vida, soñada, encantadora,
Que miras ya brillar, cual nueva aurora,
Eso es amor, es victorioso amor.

Y tu trémula mano
Con mis trémulas manos enlazada;
El rayo de tus ojos soberano,
Que, roto ya el arcano,

Dulce responde á mi tenaz mirada;
La que antes indecisa,
Sin dudas, ni recelos, ni temores,
A tus labios surgió triunfal sonrisa,
Como á la luz del sol se abren las flores;
Tu sosegada frente,
Donde, divinizando tu hermosura,
Como nimbo esplendente,
Hoy la felicidad brilla y fulgura;
La atracción misteriosa
Que estrechando sus lazos,
Aunque tú la resistas ruborosa,
Te arrastra hacia mis brazos;
Ese tímido beso
Que tembloroso pende
De tus labios en flor,
Cual sazonado fruto que su peso
De la materna rama ya desprende,
Esa delectación y ese embeleso,
Eso es amor, es desbordante amor.





LAS DONCELLAS DE CHIPRE

UNA DONCELLA

HIJAS de Chipre, la que entre espumas,
Brilla cual fresco jardín florido,
Donde palomas de blancas plumas
Tejen su nido!

¡Hijas de Chipre, que tiernas flores
A vuestros rizos dais por adorno;
Las que del numen de los Amores
Danzáis en torno!

¡Hijas de Chipre, cuya sonrisa
Más que los soplos que á su camino
Tenaz opone rebelde brisa,
Teme el marino!

A Eros pedidle que en recompensa
Del que entonamos himno sonoro,
De su arco lance la cuerda tensa
Las flechas de oro.

HIMNO

¡Eros divino, tú á cuya espalda
El carcaj suena; tú que dominas
Bajo las sombras que ornan la falda
De las colinas!

¡Tú, á quien los vates loan cantando
Cuando promueven diestras disputas;
Tú, que tapizas de musgo blando
Las hondas grutas!

¡Tú, que á la virgen das halagüeño
Fuego á los ojos, risa á los labios;

Tú, á quien, depuesto su adusto ceño
Siguen los sabios!

¡Numen discreto, que cuando cesa
La de los días voz importuna,
Al pastor duermes, que casta besa
La amante luna!

¡Tú, que animando todas las cosas
Al mundo guías tras de sus huellas,
Y audaz enlazas hombres y diosas,
Dioses y bellas!

Las de la tierra vías de abrojos
A nuestras plantas haz que se allanen:
Rayos que hieran da á nuestros ojos;
A nuestros labios, besos que sanen.

CORO

Mostrad, hermanas, los que en amores
Al mundo encienden dulces hechizos;
Soltad al viento los ceñidores;
Soltad al viento los blondos rizados.

HIMNO

¡Eros maligno, dios inclemente,
A quien complacen nuestras angustias,
Que sólo ciñes la estrecha frente
De flores mustias!

¡Tú, que derramas hondos suspiros,
Y recogiendo vas tiernas rosas,
Y en torno vuelas, y en raudos giros
Nunca te posas!

¿Quién á tus aras guía su paso,
Quién á tus muros cuelga su ofrenda,
Si tu arco flechas lanza al acaso,
Dios de la venda?

¿Quién en su pecho te abre un asilo,
Quién viste ufano tus bellas galas,
Si en parte alguna yaces tranquilo,
Dios de las alas?

¡Adverso numen! Tu historia llena
De tus devotos la aciaga suerte:

En Fedra, horrores; guerra en Helena,
Y en Safo, muerte.

¿Con blandas alas, por qué cobijas
Ora dolores, ora placeres?
¿Por qué á las risas llamas tus hijas,
Si también padre de llantos eres?

CORO

¡Oh, cuán funestos los que en amores
Al mundo encienden vanos hechizos!
Prended, hermanas, los ceñidores;
Prended, hermanas, los sueltos rizos.

UNA VOZ DEL CORO

Con paso alegre siguen las huellas
De muerte airada rudos guerreros,
¿Y el ceño frunces si las doncellas
Van en pos de Eros?

OTRA VOZ DEL CORO

Osados aman los navegantes
Las turbias ondas que los devoran;
¿Y el ceño frunces si los amantes
A Eros adoran?

UNA PARTE DEL CORO

Que no florezcan dile á las flores;
Dile á la llama que no se inflame,
Y á la doncella que arde en amores,
¡Dile que no ame!

OTRA PARTE DEL CORO

Dejad que al cielo crezca la palma;
Dejad al águila volar al cielo,
Y á los amores dejad que el alma
Tienda su vuelo!

TODO EL CORO

¡Dios de los lloros! ¡Dios de las risas!
Si risa y lloro darnos tú debes,
Danos, pues siervas somos sumisas,
Las risas, largas; los lloros, breves.



Oh tú, que oyes atenta los acordes
De la fugaz canción que al aire librol
Cuando en tu cuarto silenciosa bordes,
Y te canse el bordar, abre mi libro.

Si ves que, del amor al blando arrullo,
La existencia feliz mi alma bendice,
Alza la frente con triunfal orgullo,
Y exclama en tu interior: «Por mí lo dice».

Si sientes que mi verso palpitante
De la pasión al fuego se colora,
La lectura suspende breve instante,
Y dí en tu corazón: «¡Cuánto me adora!»

Y al sentir que mis rimas embriagadas
Desfallecen con plácido embeleso,
Mira si están las puertas bien cerradas,
Y en la página fría estampa un beso.

Y á la luz del crepúsculo dudosa
Vacilen y confúndanse las letras,
Y no veas en ellas otra cosa
Que el enigma que solo tú penetras;

Sentido que otros ojos no comprenden
Y que tú á mis estrofas les arrancas,
Porque solo por tí laten y tienden
Las alas ténues en las hojas blancas.

Y si entonces ¡oh amor! tu rostro bello
Sobre tu pecho cándido se inclina;
Si sientes que un purísimo destello
Baja de luz celeste y te ilumina;

Con suspiros de amor mis versos glosa,
¡Piensa en mí nada más! Lóbrega y densa
La noche en torno cierre silenciosa,
¡Y en mí, no más, enternecida piensa!

Y mientras una lágrima resbala
Trazando tibio surco en tus megillas,
Mira la sombra al fondo de la sala,
Ó el blanco libro abierto en tus rodillas.





LAS MONTAÑAS

•

PARA mí, son las montañas
Ubres del mundo robustas.
En el seno misterioso
De sus cavernas oscuras
Esconde el volcán su fragua,
Y el río sus frescas urnas.
Sus no acuñados tesoros
Pluto en su fondo acumula
Entre rocas berroqueñas,
Para el avariento duras.

En sus negros antros, donde
Interior trueno retumba,
Rayos el cíclope forja,
Y la náyade desnuda
Líquidas perlas destila
En la silenciosa gruta.
Del insensible peñasco
Bajo la corteza ruda
El alma de Pan palpita,
Y por mil venas ocultas
Fuentes y lagos sustenta,
Cerros anima y llanuras.

¡Cibeles! ¡Naturaleza!
¡Madre tierra! ¡Diosa augusta!
Tú, que respirando vida,
Desceñida la cintura,
Desnudo el seno pletórico,
Suelta del hombro la túnica,
Tus pechos, de savia henchidos,
Al hombre no niegas nuncal
Más que en el jardín, ufano
Con la efímera hermosura
De las flores que la aurora

Abre y el ocaso mustia;
Más que en los fértiles campos
Donde á las espigas rubias
Rocío dan los sudores
Que humildes frentes inundan;
Más que en los arroyos, donde,
Abatiendo el vuelo, buscan
La paloma y el milano
Una gota de agua pura;
Más que en el sereno lago
Que, cual esquifes de plumas,
Doblando el flexible cuello,
Los cándidos cisnes surcan;
En la enaltecida sierra
Que envuelve entre nieblas turbias
Sus faldas, y con su frente
El rayo al cielo disputa,
Poderosa te contemplo,
Y te bendigo fecunda!

Con la majestad austera
De todas sus pompas rústicas,
En las selváticas cimas
Eterna tu silla encumbras.

Pinos, que hirió la centella,
Coronan tu sien adusta,
Sobre la cual tiende el águila
Alas, que del aire triunfan;
Embozan, cual amplio manto,
Tu espalda nubes y brumas;
El relámpago es tu antorcha,
El ronco trueno tu música.
Sobre las rocas sentada,
Junto á las simas profundas,
Baña tus pies el torrente
Rizando blancas espumas,
Y tu diestra abre los odres
Donde airado el viento zumba,
Ó del nublado rompiendo
Las sutiles ligaduras,
Vierte en el campo la inmensa
Catarata de la lluvia.

¡Bien hayáis, cumbres enhiestas;
Bien hayáis, esfinges mudas,
Que de la tierra y el cielo
Veis en paz las arduas luchas!
Bajo la nieve y la roca

Por vuestras venas circula
La sangre que vida engendra
En vuestras entrañas duras.
Cuando la borrasca lóbrega
En vuestra frente ceñuda
Bate, cual diforme buitре,
Las alas, que el mundo enlutan,
Y el rayo ardiente fulmina,
Que torcido el cielo cruza,
Y al hondo valle tronchados
Los gruesos troncos derrumba,
Ese choque de titanes
Ni me asombra, ni me asusta;
Y en la tremenda batalla
Miro las grandiosas nupcias
Del fuego y las aguas leves,
Del aire y la tierra impura.
Y cuando el sol, desgarrando
Las nubes densas, fulgura,
Luminar del Universo,
Sobre las cúspides últimas,
Y vuestros flancos azules
Con líneas de oro dibuja,
Hacia vosotras, montañas,

Invencible afán me impulsa,
No sé si por alejarme
De la humana turbamulta,
Ó para ver de más cerca
En las celestes alturas
Lo que mi espíritu en ellas
Confusamente vislumbra.





No me digas, ¡oh niña encantadora!
Que admire el esplendor de la alborada.
¿Tiene la blanca aurora
Rayo de luz igual á tu mirada?
¿Qué ha de inspirar, sino desdén y enojos,
La claridad del sol más brilladora
A quien se mira en tus amantes ojos?

No me digas, bien mío, que las flores
Admire, que pintó la primavera;
¿Qué valen los matices y primores,
Gala de la pradera,
Para quien, ébrio el corazón de amores,
Mira en tu faz hermosa
Blanca azucena y encendida rosa?

No me digas que aspire de la brisa
El soplo, que los campos embalsama;
Mi corazón sediento
Aura más pura de tu amor reclama:
La que ofrece á mi labio tu sonrisa
Y respira en tu aliento.

No me digas que escuche el dulce trino
De las canoras aves.
El alma llenan los acordes suaves
De tu cantar divino:
¿A quién han de dar goces
Ecos del mundo tras celestes voces?

Deja que se extasíe el que te adora
Tan sólo en tu beldad, niña hechicera:
Tu sonrisa es mi aurora;
Tu mirada mi eterna primavera!

Bello es el mundo; bellos son los montes
Que en éter bañan la cerúlea cumbre;
Bellos son los remotos horizontes
Al espirar la vespertina lumbre;
Bello es el firmamento transparente;
Bello es el bosque, de sombrías calles,

Y la verde colina, cuya frente
Ciñe la vid con flecos y guirnaldas,
Y los floridos valles
Tendidos á sus faldas.
¡Bello es el mundo, bello! Noche y día
Yo también su beldad admiraría,
Si, más perfecta y pura,
No llenase, mi bien, el alma mía
Tu espléndida hermosura.

Más ¡ay! ¡Vana quimera!
¿Qué habría para mí bello en el mundo,
Si vida, luz y encanto no le diera
El blando soplo del amor fecundo?
Si la estrellada esfera
El alba tiñe en rojos arreboles,
Es que has abierto los dormidos soles;
En tu nectáreo labio la miel toma
La abeja, y en él bebe
El céfiro su aroma.
La clara luz que tu mirar destella
Enciende el sol, y de tu planta breve
Son las flores de abril pintada huella.
¡El mundo es bello porque tú eres bella!

¡Ay! si el fulgor de tu beldad se apaga,
Será la tierra ¡oh poderosa maga!
Día sin sol, sin aves y sin flores,
Astro sin luz, que espantador asombra,
Y ceñido de horrores
Rueda al azar en la perpetua sombra.





NUEVO ENDIMIÓN

NUEVO Endimión es el poeta: cuando
Coronada de pálidos beleños
La noble sien reclina,
Y en torno revolando,
Brilla el dorado enjambre de los sueños,
Hiende la cristalina
Esfera azul en nacarado coche,
Y mal ceñida en gasa transparente,
Al vate llega, y su dormida frente
Dulce besa la Reina de la noche.

Mas ¡ay! al punto rápida se aleja,
La faz velando en cándidos cendales,
Y al labio de su amado cruel deja
Dulce sabor de dichas celestiales.

¡Infausto amor! A su ideal amante
Ligan al infeliz eternos lazos;
Y, el corazón ansioso hecho pedazos,
En vano, al despertar, á la distante
Visión extiende los abiertos brazos.
Maldice al sol, y sin reposo aguarda
La pía noche, á su impaciencia tarda;
Y cuando densa inunda
La sombra del Ocaso misteriosa
La inmensidad profunda,
Si, apiadadas quizás de sus desvelos,
Rasgan las nubes sus opacos velos,
Bella, pura, triunfante, esplendorosa,
Le sonrío feliz la casta diosa;
Mas ¡ay! allá en el fondo de los cielos.





FLORESCENCIA

IBA con ella al transponer el día,
Henchida el alma de inocente gozo.
La juvenil edad sólo cubría
Mi tierno labio de ligero bozo.

De los almendros las enjutas frondas
Flores vestían, blancas cual armiño,
Lazos fingiendo de menudas blondas.
Era ella muy hermosa, y yo muy niño.

Su júbilo brotaba en frescas risas;
La alondra remedábala insolente,
Y acariciaban á la par las brisas
Su frente pura y mi nublada frente.

Ella buscaba entre las ramas nidos
Alzando el brazo de marfil desnudo.
Volaban los jilgueros escondidos,
Y yo la contemplaba triste y mudo.

Y sin voz caminaba y sin sosiego,
El pensamiento en turbio desvarío,
Bullir sintiendo en las pupilas fuego
Y en el medroso pecho intenso frío.

El fulgor aspirando del Ocaso,
De la selva aspirando el rumor bronco,
Sentir creía lo que siente acaso,
La nueva savia al absorber, el tronco.

Y la florida rama de un manzano
Ella arrancó del negro y tosco leño;
Y así me dijo, asiéndome le mano,
Con voz que aún dulce escucho cuando sueño:

—«¿Los pétalos no ves blancos y rojos
De estas bellas y frágiles corolas?»—
Y en el suelo clavaba yo los ojos,
Cual si estuviese meditando á solas.

«Rama negra y sin vida, helada y seca,
Era ésta ayer, juguete del invierno;
Y hoy el áspero tallo un soplo trueca
De flores mil en ramillete tierno».

Dijo, y como los pájaros del cielo
Comenzó su canción, indiferente,
Venturosa y tranquila. Yo, del suelo
Alcé los ojos á mirar su frente.

El sol se hundía en el brillante Ocaso;
Y yo, naciendo á vuestra luz ¡oh amores!
Sentí dichoso lo que siente acaso
La seca rama al desplegar las flores.





A D. EN SUS DÍAS

Las sueltas aves el caliente nido
Dejan suspenso en la materna rama,
Y en el rayo del sol, más encendido,
Beben el fuego que su pecho inflama;
El soplo tibio que ama
Entumecido el tronco,
Entre los blandos ramos cimbradores
Suena como oleaje del mar bronco;
En cerrado botón crecen las flores,
En frágil huevo el ave;

Y Abril llega, y de todos los amores
 La Primavera los secretos sabe.
 ¿Por qué en la sombra de la noche grave
 Con cifras de luz bellas
 Dicen «¡Amor!» las pálidas estrellas?
 ¿Por qué en el claro resplandor del día
 Dice el sol «¡Alegría?»
 Es que de gala el mundo se reviste
 Por festejar tu nombre, amada mía,
 Tu nombre dulce y triste.

¡Tu nombre dulce y triste, cual la queja
 De la paloma que de amores gime,
 Cual de la onda en la playa el blando beso,
 Cual la brisa que pasa y que se aleja
 Y en el ánimo imprime
 Esa ternura del amor sublime,
 Halago dulce al corazón opreso!
 ¡Tu nombre, dulce y triste, cual latido
 De corazón amante, bajo el peso
 De la dicha abatido!
 ¡Tu nombre, dulce y triste,
 Como la voz secreta
 Que escucha en sus insomnios el poeta,

De otras esferas celestial reclamo;
Como el que vergonzoso se resiste
En labios de una virgen: «¡Yo te amo!»

Como á la voz del ave los polluelos
Baten las blandas alas en el nido,
Al oír ese nombre de los cielos
Mi corazón palpita estremecido.
Su inefable armonía
Absorbe el alma mía,
Como el labio sediento
La copa llena en la corriente pura;
Y cual si, todos los arcanos rotos,
Contemplase sin velos la hermosura,
Al escuchar su bendecido acento,
Horizontes remotos
Donde espléndida irradiaba la ventura,
Se abren al pensamiento.

Tu nombre al universo yo dijera,
Si cual murmurio de las aguas blando
Que oye el triste, sus penas olvidando,
Dulce mi verso y cadencioso fuera;
Yo dijera tu nombre en mis cantares

Si tuviesen la alegre melodía
De la brisa feliz que hacia sus lares
Al navegante guía;
Yo dijera tu nombre, si sonoras
Mis rimas imitasen los suspiros
Que en las nocturnas horas,
Los árboles meciendo en leves giros,
Al pastor rudo, á su rumor atento,
Hacen soñar en lo que dice el viento.
Yo dijera tu nombre, y el encanto
De mis dichas secretas,
Si inflamara mi voz el fuego santo
De los grandes poetas.

Como el que aún en Valclusa dice el aura
Nombre adorado de la hermosa Laura;
Como el nombre inmortal de Eleonora,
Que el eco dolorido
De la cárcel de Tasso triste aún llora,
Eterno entonces tu amoroso nombre
Vibrara, vencedor del negro olvido,
En el alma del hombre;
Y en el muro esculpido
Del templo de la gloria,

De la pasión por el buril de llama,
De tu cariño la sencilla historia
Fuera dulce memoria
A quien el bien de los mortales ama.

Más ¿para qué grandezas yo ambiciono,
Si tú, la reina de mi amor, desdeñas
El envidiado trono
Que la inmortalidad alza en su templo,
Y en más celestes esperanzas sueñas?
Cuando con muda adoración contemplo
Tus ojos de zafiro,
Que levantados á la eterna lumbre,
Más allá buscan de la azul techumbre
Lo que, ciego á su luz, en vano miro;
Y cuando, más hermosos, los admiro
Clavar en mí sus luces intranquilas,
Y sumergirse en mi alma
Quemando mis pupilas,
Calla el labio, temiendo tus enojos;
Más «Quién os roba vuestra dulce calma»,
Los míos dicen á tus bellos ojos;
Y en el rubor que tímido los vela
Halla mi amor la confesión que anhela.

¡Si á tu frente, que lauros no ambiciona,
Lograra yo ceñir con noble orgullo
Del amor la corona,
Cuyas nacientes flores en capullo
Dan á la virgen púdicos hechizos,
Y cual abiertas rosas,
De las nuevas esposas
Brillan después entre los sueltos rizos!
¿Me negará esa dicha la fortuna?
Cual las antiguas diosas
Amantes de los hombres, cual la luna
Que el carro de marfil abandonando
Bajó del cielo, y al pastor dormido
Hizo dichoso con su beso blando,
Sobre mi alma he sentido
Descender tu alma pura en vuelo suave,
Y cerrar en el árbol de mi vida
Sus alas, como el ave
Se guarece en el tronco donde anida.

¿Y de tu amor y de mi bien aún dudo?
No; el alma abrir á la ventura quiero.
¡Bello es vivir y amar! Ya el rigor crudo
Del invierno disipa lisonjero

El tibio soplo del Abril cercano;
El sol arde, y más bello
Con los rojos fulgores del verano,
Abrillanta del cielo las esferas,
En tus ojos, de amor brilla el destello;
Y mi esperanza dora
La lumbre bienhechora
De esas dos primaveras.
¡Amémonos! ¡Amémonos! La aurora
De la vida y del año amor nos brinda;
Apuremos del alma la ventura
Antes que el tiempo nuestras frentes rinda.
Y si á la edad futura
Tu nombre dulce y triste, puro y santo,
Calla humilde mi canto,
En el pecho entusiasta
Fiel lo conservaré por siempre oculto;
Que, pues solo al amor rindes tú culto,
Ese templo te basta.





NOCHE ESTRELLADA

SONETO

Como la lira que á los himnos templo,
Mi pecho late conmovido cuando
La fantasía á los ensueños dando,
Noche estrellada en soledad contemplo.
Ministro me imagino de aquel templo
Que está su oculto numen esperando,
Y el alma se sublima en vuelo blando,
De sobrehumana aspiración ejemplo.

Envuelto del ocaso en la penumbra,
Al sagrado pavor no se doblega
Mi espíritu, que al cielo audaz se encumbra;
Y quizás á soñar mi audacia llega
Que por mí sólo el firmamento alumbra
La baja tierra, á sus fulgores ciega.





Oh dulce niña, que constante adoro!
Cuando al rayo feliz del sol naciente
Abres los claros ojos soñolientos,
Y al aura libres aún los bucles de oro,
Yergues la pura frente
Coronada de amantes pensamientos;
Al ver en tus pupilas cariñosas
Pura resplandecer la luz del día,
Y en tu rostro las rosas
Que Mayo envidiaría;
Al ver en torno de tu frente bella

Esa aureola de paz y de alegría
Que la virgínea juventud destella,
Pienso que por calmar el hondo anhelo
Que mi oprimido corazón devora,
A mis brazos desciende desde el cielo
En alas del amor la blanca Aurora.

Y cuando, de sus últimos destellos
Apaga el sol los tibios resplandores,
Y á otros mundos mejores
Van quizás en pos de ellos
Tus ojos soñadores;
Cuando latir acompasado miro
Tu seno de alabastro
Con la ansiedad inquieta del suspiro;
Y para darte celestial corona,
Sobre tu frente virginal el astro
Al astro se eslabona,
El amor, que en el alma guardo oculto,
Mudo se trueca en religioso culto,
Y miro en tí un querube
Que, indigno de tu planta, el mundo huellas,
Y solo aguardas la flotante nube
Que otra vez te transporte á las estrellas.

Si no te dan enojos
Los que á tí me encadenan tiernos lazos,
Dime, dime, ¡oh hechizo de mis ojos!
¿He de tenderte los amantes lazos?
¿He de caer ante tus pies de hinojos?





TU VENTANA

ALEGRE es tu ventana, vida mía:
Tiende en torno la vid verde guirnalda,
Y cuando nace esplendoroso el día,
Los pámpanos, que envidia la esmeralda,
Fresca lluvia de aljófares rocía.

Rico en aves, en fuentes y en aromas,
Estrecho valle entre floridas lomas
A los pies yace de la adusta sierra,
Y cual nidos de cándidas palomas
Las chozas son que entre sus pliegues cierra.

Lóbrega selva lejos se dilata
Y de los montes cubre las vertientes;
Y entre las negras rocas se desata
Cual móvil cinta de cristal y plata,
El sonoro raudal de los torrentes.

Y sobre el verde valle y la pradera,
Sobre las arboledas rumorosas,
Sobre el monte de cúspide altanera,
Cóncava brilla la cerúlea esfera
Do vibra el sol sus llamas luminosas.

Alegre, vida mía, es tu ventana;
Mas, si por mí tu corazón se afana,
Ciérrala al punto, porque solo enojos
Dan, aunque brillen más que la mañana,
Las luces que no vienen de tus ojos.





EL TORRENTE

INDÓCIL hijo de la adusta sierra,
Que hirviendo en espumoso remolino,
En las duras entrañas de la tierra
Abres á tu raudal negro camino;

Cuando, entre muros de cortadas rocas,
Donde á mis piés cavaste inmensa tumba,
Desenfrenadas van tus aguas locas
Y cual trueno interior su voz retumba,

A tus lóbregas olas das tormento
En eterno rodar no interrumpido.
¿Qué dice quejumbroso tu lamento?
¿Qué dice amenazante tu rugido?

¿Perdida lloras la risueña fuente,
Cuyo limpio cristal, que terso brilla,
Refleja el firmamento transparente
Y las alegres flores de la orilla?

¿De tumbo en tumbo á tu pesar cayendo,
Con el poder que te arrebató luchas,
Y tu fragor contesta al sordo estruendo
Del mar lejano que medroso escuchas?

¿O despeñado de encumbrada cima
A la venganza corres iracundo,
Y es el rencor el alma que te anima,
Y fiero anhelas devastar el mundo?

Quizás en las vorágines sonoras
Donde clamando tu raudal se esconde,
La dura ley que te conduce ignoras
Y ciego marchas sin saber adónde;

Y esa voz de la hirviente catarata
Que en el alma despierto eco infinito,
Es, y por eso al corazón tan grata,
De angustia eterna desgarrado grito!

Cuando en pos de soñadas fantasías
La selva cruzo, meditando á solas,
A tus lejanas márgenes sombrías
Llámanme los gemidos de tus olas.

¡Oh, cuántas veces, del cortado muro
En la orilla, de adelfas coronada,
Al voraz fondo de tu cauce obscuro
Lancé ansioso la trémula mirada!

Y loco asiendo con crispada mano
Entre las rocas áridas raíces,
Bajé, sediento del oculto arcano,
Para escuchar mejor lo que me dices!

¡Cuántas veces el vértigo en mi frente
Batió las alas pavoroso, y ciego
Soñé rodar en tu fatal pendiente
Veloz girando en círculos de fuego!

Es que mi pobre corazón sin calma
Oye en tu voz un eco de sí mismo;
Es que su oculto fondo mira el alma
Cuando contempla tu espantable avismo;

Es que así como escondes el profundo
Hervir de tu raudal en hondo lecho,
Yo también, escondiéndosela al mundo,
Llevo la tempestad dentro del pecho.

¡Oh torrente sin diques! ¡Oh alma mía!
Rodad eternamente, y turbulentos
Arrastrad en frenética porfía
Negras olas y tristes pensamientos.





BAJO LOS ÁRBOLES
DEL RETIRO

Madrid.—Noviembre de 1858.

POR fin, te oigo otra vez, brisa que mueves
En la arboleda las marchitas ramas;
Otra vez oigo los suspiros leves
Con los que al dulce abrigo
Del que brilla aún al sol, follaje amigo,
Augusta selva, al pesaroso llamas.
Por fin, mi pie cansado
Huella la verde alfombra;
Y la que busca el pecho lacerado
Mi frente baña, vacilante sombra.

Tended, tended los ramos protectores,
De los que aún cuelgan los desiertos nidos,
Arboles rumorosos;
Traed á mis oídos
Los conciertos de ritmos vibradores,
Que parecen ensueños deliciosos;
A vuestro blando acento
Respondan con un eco suave y lento
De la lira interior las flojas cuerdas;
Y cediendo el afán que la devora,
Oiga mi alma la voz despertadora
Que dice suspirando: «¿No te acuerdas?»

Que dice: «¿No te acuerdas de otros días,
De otros días mejores?
¿No recuerdas las dulces alegrías
Tan gratas ¡ay! á tu pueril anhelo?
¿No recuerdas las flores
De tu valle y los astros de tu cielo?
¿No recuerdas los cantos seductores
Que oíste embebecido, y los risueños
Horizontes que niño has contemplado?
Dí, ¿no recuerdas tus radiantes sueños?
Dí, ¿no recuerdas los que te han amado?»

¡Dulces memorias! ¡Del feliz pasado
Luz extinguida! ¡Mariposas de oro
Que á un destello del sol en la espesura
Voláis en fugaz coro!
Y tú que sigo ausioso, imagen pura,
Cuyo aromoso aliento
La soledad consagra misteriosa;
Tú, cuya amada voz me finge el viento;
Tú, que á mi pensamiento
Trae la purpúrea rosa!
Imagen vaporosa,
Que á mi anhelo simpática respondes,
Que con suspiros trémulos me llamas,
¿Por qué, burlando mi ilusión, te escondes
Entre las sueltas ramas?

¡Quién me dijera, cuando fresco asilo
Dió á nuestro amor tu huerto
De naranjos y palmas,
Cuando el antiguo Edén vimos abierto,
Y el mismo sueño de placer tranquilo
Soñaron nuestras almas;
Quién me dijera entonces que á mis ojos
Enturbiados de llanto,

Mezclados dieran júbilo y enojos
Las campestres dulzuras, que amé tanto!
¡Quién me dijera que en amargo duelo
Trocárase su encanto!
Erguidos troncos, que al opaco cielo
Las mustias frondas eleváis, al rudo
Golpe temblad del austro; y tú, que frío
El árbol seco, á tu rigor desnudo,
De sus guirnaldas últimas despojas,
Esparce en torno mío
Las que arrebatas, viento, muertas hojas.

Con fúnebre desmayo
Sus postreros fulgores lanza el día,
Y de severa majestad reviste
Cielos y tierra su muriente rayo.
El resplandor de Mayo
Un tiempo entre estos árboles latía;
Palpitaban las alas de las aves
Posadas sobre el nido,
Y el céfiro, otra vez estremecido,
Lleno volaba de suspiros suaves.
Entonces el florido
Césped sintió quizás la breve huella

De hermosa enamorada,
Que á su feliz galán sonriendo bella,
Se ocultó ruborosa en la enramada;
Entonces á la tímida doncella
Los pájaros, las fuentes y los vientos
Decíanle de amores
Dulcísimos concetos,
Y en venturosa calma
Al sol se abrían las cerradas flores
Y á la ilusión el alma!
Y hoy ¿qué te resta de tus dulces glorias,
Jardín de ruseñores?
Aridos troncos ¡ay! y hojas caídas
Que vuelan al azar, cual mis memorias
Por encontrados vientos combatidas!

No importa. Emblema de mi suerte aciaga,
Noble selva de pálidos matices,
Privada de las pompas del estío,
Es tu tristeza misteriosa y vaga.
Algo percibo que también me halaga
Y mi faz baña en lágrimas felices,
Del corazón benéfico rocío,
En el retiro umbroso

Donde al azar me pierdo,
Hallé la poesía del recuerdo,
Último goce de quien fué dichoso!

ENVÍO

Versos, volad á mi natal ribera:
Y si veis hechicera
Niña llorosa, que en el limpio cielo
Con la mirada triste
Sigue á la nube que huye hacia el ocaso,
Tened, tened el vuelo
Y dad consuelo á su dolor, si acaso
Para quien tanto amó consuelo existe.





LA MUSA Y LA MUJER

LA MUSA

SOÑADOR vate, que doliente gimes
Y á los ojos del alma ves abierta
De un mundo de sublimes
Horizontes de luz, mágica puerta,
Ven, y obediente guía
Tras de mi pie inmortal tu planta incierta,
Ven, y la imagen mía
Llenará tu anhelante fantasía.

LA MUJER

Triste poeta que con vago anhelo,
Herida el alma en interior combate,
Volar quieres al cielo
Con alas que el dolor al mundo abate,
Ven; en orbe sombrío
A ser nací tu compañera, ¡oh vate!
Ven, ven, y el amor mío
Fiel llenará tu corazón vacío.

LA MUSA

Allá arriba, en el cielo deslumbrante
A donde van tus himnos y querellas,
Nací hermosa, el semblante
Coronado de rayos y de estrellas;
Y de él hoy descendida, la celeste
Mano te doy benévola, y te digo:
«De los dioses el vate es el amigo;
Ven; tu mundo no es este».

LA MUJER

En esta tenebrosa
Mansión, que en vano huír tu pie quisiera,
Nací débil y hermosa,

Coronada de blonda cabellera.
Y hoy, la mano tendiéndote, te digo:
«A engañosa ilusión cierra los ojos;
Las sendas de este valle son de abrojos:
Ven, crúzalas conmigo».

LA MUSA

Sobre el cristal resbalo de los mares
Vuelo sobre las alas de las brisas;
Y en mis labios de diosa los cantares
Se unen á las sonrisas.
Ven; te diré la incógnita palabra,
Que á pronunciar no aciertas,
Y al Edén que soñaste, haré que te abra
De par en par las prohibidas puertas.

LA MUJER

Huello con planta errante la marchita
Alfombra de este erial, donde has nacido;
Y de suspiros lleno, fiel palpita
Mi pecho enternecido.
Ven, y yo te diré la misteriosa

Palabra de consuelo,
Que mis megillas teñirá de rosa
Y te hará recordar el patrio cielo.

LA MUSA

Yo en las selvas escondo
La fugitiva ninfa, y doy de brumas
A la ligera fada tenue manto.
La sirena en el hondo
Piélago azul sumerjo, y entre espumas
Alza el rostro por mí y eleva el canto.
Del rojo sol en la radiante cuna
Por mí la oriental peri al hombre hechiza,
Y por mí se desliza
La sílfide en el rayo de la luna.

LA MUJER

Yo, de rubor teñida,
Cuando en luz del amor arden tus ojos,
A tu mirada tiemblo vergonzosa;
Yo te doy nueva vida
Cuando palpita entre mis labios rojos
El primer beso de la nueva esposa.

A tu nublada frente dulce río;
Tu existencia de flores entrelazo,
Y adormezco dichosa en mi regazo
Al que tú y yo llamamos «hijo mío».

LA MUSA

Amante de la luz, huye la sombra
El águila, y cual águila es el vate.
¡Oh, tú, que el harpa del profeta vibras!
¿La humanidad no ves, que nada asombra?
Pues aún su corazón oculto late;
Hiere audaz tú sus palpitantes fibras.
Yo te daré la gloria;
Y en tus sienes el mundo
Verá el laurel fecundo
Que á los genios consagra la victoria.

LA MUJER

La dicha ama la paz; en sombra casta
Envuelve un Dios propicio el hogar santo.
¡Oh, tú, que vas sin báculo ni senda!
Ven, y reposa un día: ¡eso te basta!
Las horas goza de sereno encanto
En el retiro de tu frágil tienda.

Sosegada ventura
Yo te daré, y el mundo en tu pupila
Verá la luz tranquila
Que es destello feliz del alma pura.

LA MUSA

Yo te daré el imperio de las almas;
La gloria te daré, que siempre dura.
Con los cipreses crecerán las palmas
Sobre tu sepultura.
Torne á la nada obscura
Donde débil nació, quien morir quiere.
Tú ansias vivir, y vivirás. Tu nombre
Repetirá la edad que pasa y muere
Para que al mundo, mientras viva, asombre.

LA MUJER

De tu vida, feliz ó infortunada,
Seré el ángel benéfico. Y si un día
En negra tumba, á mi dolor negada,
Te hunde la suerte impía,
Más dulce que la gloria, que de un polo

Lleva á otro polo el nombre del poeta,
Yo te daré lo que el amor da solo;
Yo te daré una lágrima secreta.

* * *

Dudaba el vate, y á los altos cielos
La diestra majestuosa
Levantaba, y rasgados ya, los velos
Del porvenir mostrábale la diosa;
Y la débil mujer, que reprimía
Los suspiros de fuego,
«¡Yo dichoso le hiciera!» se decía.
¡Y aún el vate dudaba, loco ó ciego!





AUSENCIA

SUFRO tanto, mi bien! ¡Estoy tan triste!
Imaginé que eterno
En tu ausencia sería el rudo invierno;
¡Y ya de flores los jardines viste
Del renaciente Abril el soplo tierno!
¡Todo, todo es ageno á mis dolores!
El cielo inundan claros resplandores,
Gozosas trinan las canoras aves,
Y al sol abiertas las amantes flores
Dan sus aromas á las auras suaves.

¡Qué alegría en el cielo y en la tierra!
¡Qué misterioso encanto
En el valle y el bosque y la alta sierra!
Yo los contemplo con secreto espanto,
Y al recordar mi desgraciada suerte,
Siento á mis ojos agolparse el llanto,
Y los párpados cierro para verte!





EN LA ESPESURA

(VERSOS ESCRITOS SOBRE UN PENSAMIENTO DE
GOETHE).

DESAPARECIÓ! ¿Por dónde
Marchó? Sin duda se esconde
Para aguzar mi deseo.
Miro y miro, y no la veo;
Llamo y llamo, y no responde.

Arboles que en torno mío
Cerráis el parque sombrío,
¿Vístes pasar á mi bella?
Hallaréisla, yo os lo fío,
Cuando os diga quién es ella.

*

Cual el cielo son sus ojos,
Como el oro su cabello;
Al coral sus labios rojos
Y á la nieve dan enojos
Su tersa espalda y su cuello.

Sueltos, cual los de la Aurora,
Flotan sus copiosos rizos,
Y á su frente encantadora
El rubor que hoy la colora
Añadió nuevos hechizos.

Por el parque á solas iba;
La encontré, la hablé, y esquivá,
Al desdén pidió consejos:
Buscad á mi fugitiva,
Que no debe andar muy lejos.

Abril, de todas sus flores
Abre los cálices ya;
Céfiro murmuradores
Van conversando de amores...
Buscadla: ¡cerca estará!

Calla, calla, alegre nido;
Calla, calla, blanda brisa.
¿Qué rumor hirió mi oído?
¡Es el sonoro estallido
De su tentadora risa!

Apartando verde rama,
Me mira, y lenta se esconde,
Y mi ansioso anhelo inflama,
Pues callando me responde,
Y ocultándose me llama.

Ligero acudo y sorprendo
A mi traidora enemiga,
Y ella, con falsa fatiga,
Corre, y los ojos volviendo,
Me estimula á que la siga.

Ya se detiene ¡oh ventura!
En la frondosa espesura,
Nido de dulces amantes;
Y estrecho ya su cintura
En mis brazos palpitantes.

Ya en su alma luchando están
Rubor y amoroso afán;
Ya se desprende veloz;
Ya exclama con blanda voz:
«Aparta, ó grito, y vendrán».

De mi amor en el exceso
«Vengan», respondo, «por eso
No me detengo»; mas ella
«¡Loco!» exclama, y con un beso
Mis audaces labios sella.





EL RAMO DE ROSAS

OYE: tendremos, cuando seas mía,
Una casa en el campo, y allí un huerto.
Yo, cuando raye el día,
Ya estaré contemplándote despierto.
Habrá en nuestro aposento una ventana
Por donde entren la luz de la mañana
Y del campo y del huerto los aromas;
Y abandonando el nido
Vendrán hasta el alféizar las palomas
A recoger el grano apetecido.

*

El ritmo observaré, tranquilo y lento,
De tu pecho dormido;
Buscaré en el espejo de tu frente
Tu puro pensamiento,
Y tu amor en el labio sonriente.
Saldré al jardín por darte una sorpresa;
Cogeré entre las rosas
Las que copien mejor, oh mi princesa,
Tus megillas hermosas;
Haré un lindo *bouquet*; volveré luego,
Bebiendo á largos sorbos su fragancia,
Y á pasos cortos, reprimiendo el fuego
De mi amor con prudente parsimonia;
Pero con más orgullo y arrogancia
Que Alejandro al entrar en Babilonia.
Pondré sobre tu pecho, tembloroso
Por no alterar tu plácido reposo,
El ramo, aún del rocío humedecido,
Y aguardaré escondido
Tu despertar gozoso.
¡Cuán grande tu alegría
Será al ver aquel tímido presente!
Será aún más grande la esperanza mía,
Que el pago en tus miradas ya presente.

Tú dirás (lo adivino):

—«¡Oh cuán hermosas flores!

No puede haberlas para mí mejores.

Mas darles quiero superior destino.

Las llevaré á la Virgen del Consuelo

Para que ampare protector el cielo

Nuestros dulces amores.

—No me hubiese ocurrido á mí esa idea,

Yo te contestaré; mas, si lo quieres,

Tan solo he de exclamar: ¡cuán buena eres!

Tu voluntad, mi bien, cumplida sea».

Te vestirás gozosa en un momento;

Prorrumpirás después:—«¡A la capilla!»

Y tomarás con infantil contento

El sombrero de paja y la sombrilla.

Cruzaremos la vega

Y el puente sobre el río que la riega;

Treparemos al áspero collado,

De alhucema y tomillo perfumado,

Donde traza la senda tantas eses;

Y llegaremos á la ermita santa

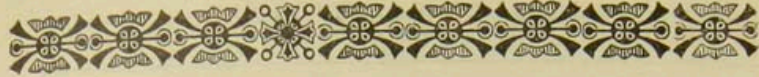
Que cerca de la cumbre se levanta

Entre viejos cipreses.

Ya te veo ante el ara de rodillas.

La caminata enciende tu semblante,
Que fervorosa humillas;
Rezas por mí á la Virgen, suplicante,
Y tan hermosa cual su imagen brillas.
Yo, inmóvil, á tu lado,
No sé si confundido ó admirado,
La honda emoción oculto,
A tu fe y á tu amor rindiendo culto.
Pero, al salir de la iglesuela umbría,
Al contemplarte á plena luz del día,
Bajo el dintel sagrado
Un abrazo te doy bien apretado,
Y aunque ofenda á la Virgen mi osadía,
En tus labios imprimo largo beso.
Pero yo me figuro,
Y tú debes saberlo, de seguro,
Que no se ofenderá mucho por eso.





CANTO EPITALÁMICO

CORO DE DONCELLAS

MEDROSA desposada de faz descolorida
De cuyos ojos cubre la palpitante vida
Con vergonzoso párpado el celestial rubor;
Medrosa desposada, que turban nuestras voces,
Acércate á las aras de un dios que aún no conoces,
¡Ama con nuevo amor!

Nosotras, tus hermanas, en coros virginales,
Tu pie conduciremos del templo á los umbrales,
Furtiva una mirada lanzando en él quizás;

Y allí, con voz que exalta quimérico deseo,
Daremos á los aires el himno de himeneo,
Que tú no atenderás.

¿Por qué en el más hermoso de tus hermosos días
Sobre tu ebúrnea frente posó las manos frías
Helando tus sonrisas el pálido dolor?
¿Por qué en senda de flores dudoso tu pie avanza
Y débil, una mano le das á la esperanza,
Y otra mano al temor?

Y más que en tu alegría, ¡virgen! estás hoy bella:
Brilla en tu risa triste y en tu mirar de estrella
Esa melancolía que el fondo es del placer;
Quizás Dios, que su traje de boda dió á las flores,
La tímida tristeza que place á los amores,
En tí quiso verter.

Aun no entreabierto cáliz el rayo del sol ama;
Las sueltas aves nido que esconda verde rama,
Y bien cerrada concha la perla, hija del mar.
Y el anhelante esposo, que el bien supremo espera,
Los párpados caídos, que la interior hoguera
No logran ocultar.

Hoy pálidos insomnios, hoy tímidos desvelos,
Hoy sombras importunas y misteriosos velos,
Que encubren aún el fondo del entreabierto Edén,
Hoy el temblor que ocultas ¡oh virgen inocente!
Cuando el esposo, dándote un ósculo en la frente
Te dice mudo «¡Ven!»

Mañana, disipados ya inútiles sonrojos,
Miel en tus dulces labios, luz en tus claros ojos,
Y el fuego de las rosas en tu megilla en flor;
Tus no sé si vencidos ó vencedores brazos
Se encorvarán mañana para estrechar los lazos
Tan gratos al amor.

Comprenderás mañana por qué plácido y triste
Brotó de tu alma el vago suspiro que sentiste
Llenar tu pecho siempre sin espirar jamás;
Recordarás souriendo tu timidez sencilla;
Y un sonrosado infante jugando en tu rodilla
En sueños ya verás.

Verás, entre las flores, brotar rubias espigas;
Verás, en coro alegre tu amor cantando amigas,
Las horas saludarte de un bello porvenir;

Verás sobre tus cielos un astro sin ocaso;
Verás á la esperanza sus puertas á tu paso
De par en par abrir.

¡Feliz tú, cuyas plantas amor las encamina!
En todas las tinieblas antorcha es él divina;
Hilo de Ariadna en todos los laberintos es;
Él es el ramo de oro que abre la oculta puerta
De esa región elísea que vas á ver abierta
Y que cerrada aún ves.

A su dintel acércate, y la cintura de oro
Que ciñe tu alba veste con virginal decoro,
Conságrale en ofrenda, que aceptará el amor,
Pues ya el ardiente aliento de tu amador arranca
Los pétalos virgíneos de tu corona blanca
Que cae flor tras flor.

Y mientras tu alma sientes nacer á nueva vida,
Medrosa desposada de faz descolorida,
Y elevas á los cielos los ojos de zafir,
Los párpados nosotras bajando ruborosos,
El velo extenderemos con que aman los esposos
Sus dichas encubrir.



OYÉNDOLA · CANTAR

MUCHO pueden tus ojos, vida mía;
Pero hay quien puede más: tu blando acento!
¿Qué vale enloquecer la fantasía?
¿No es mejor hechizar el sentimiento?

Tus pupilas serenas y brillantes
Robaron á mi espíritu la calma;
Pero tu voz, de notas palpitantes,
Entra más honda al interior del alma.

Cuando en las horas del amor risueñas
Cantas gozosa y á la vez me miras,
Comprendo en tu mirar que feliz sueñas,
Y en tu cantar que anhelas y suspiras.

Al verte, abre mis labios complacidos
Dulce sonrisa del mayor encanto;
Al oírte, mis párpados caídos
Baña de pronto delicioso llanto.

Dicen tus claros ojos: «¡Hermosura!
¡Placer! ¡Fascinación! ¡Sol deslumbrante!»
Dice el arrullo de tu voz: «¡Dulzura!
¡Consuelo! ¡Abnegación! ¡Amor constante!»

Me inunda de entusiasmo y de alegría
El rayo de tus ojos soberano;
Tu voz, de esa feliz melancolía
Que aún es más dulce al corazón humano.

¡Mírame y canta, y viviré dichoso!
¡Mírame y canta, y moriré contento!
¡Muéstrame el cielo tu mirar glorioso!
¡Deme sus dichas tu divino acento!



LA MELANCOLÍA

A la luz tibia de otoñal ocaso
Entre marchitos árboles torcía
Mi errante senda el caprichoso acaso;
Deidad hermosa y triste hallé á mi paso,
Y eras tú esa deidad, Melancolía.

De derribado muro rotas piedras
Eran tu trono, al que mullida alfombra
Las enlazadas hiedras
Daban, y un sauce vacilante sombra;
Allí sentada, al cielo transparente

Levantabas, marcada con el sello
De tranquilo dolor, la augusta frente;
Y brillaba en tus ojos seductores
El que nos dejan pálido destello
Los perdidos amores.

Me miraste llegar, y sonreiste
Con la incierta sonrisa,
Que deja al alma triste
Entre el dolor y el júbilo indecisa;
Y á mí viniendo con semblante amigo,
Me asiste de la diestra, y apartando
Las mustias ramas, con acento blando
Cariñosa exclamaste: «Ven conmigo».

Y contigo crucé la selva umbrosa,
Y ví morir las luces de la tarde,
Y ví nacer la estrella esplendorosa
Que la primera en las tinieblas arde;
Y respiré feliz el triste encanto
Que halagándonos más que la alegría,
Los ojos baña en delicioso llanto.

Y desde entonces, al morir el día,
Escalo audaz las pardas
Rocas del monte, y á la obscura umbría
Voy, donde fiel á tu amador aguardas;

Y de tu mano asido,
La senda busco del oculto nido;
Y donde en breve espacio el bosque cierra
Nuestro horizonte con sus verdes velos,
Evoco los recuerdos de la tierra
Y tú las esperanzas de los cielos.





LOS PRESENTES

I

—Si pudiera encerrar, manso y cautivo,
En jaula de oro al trinador bulbul!
¡Si en su vuelo inconstante y fugitivo
Pudiera asir la mariposa azul!

¡Si encontrase en las minas de Golconda
El diamante mayor nacido allí!
¡Si en el mar de Ceylán puliese la onda
Las perlas más hermosas para mí!

¡Si la rosa oriental, cuando más arde,
Me prestase su aroma y su arreboll!

¡Si alcanzase la estrella de la tarde!
¡Si pudiese robar un rayo al sol!

Como en comedia de tramoya y magia,
Donde no hay imposibles por vencer,
O en cuento de Aladino que presagia
Maravilloso triunfo á la mujer,

Cuanto nos dan naturaleza y arte
Te lo ofreciera en arras de mi amor;
Mas no puedo servirte ni halagarte:
¡Yo no soy más que un loco soñador!

II

—Vacías, es verdad, tus manos veo;
Mas no te aflija tan amargo afán.
Esos delirios que forjó el deseo,
¿Piensas que para mí nada valdrán?

Flores, pájaros, perlas, luz del día,
Oyéndote dichosa recogí;
Todo lo que ideó tu fantasía;
¡Todo lo que soñaste para mí!

Extasiada en sus vivos resplandores
Quedé, como la abeja ante la flor.
¿Tus sueños, no han de ser deslumbradores,
Si son los sueños que soñó el amor?

No llenarán tus joyas mis joyeros;
No alfombrarán tus flores mi jardín;
A tu reclamo, estrellas y luceros
No bajarán del celestial confín.

Pero, de éste, ó de aquél, ó de otro modo,
Esos presentes, que mi orgullo son,
Llenarán para siempre todo, todo,
Todo mi enamorado corazón.





MAL SUEÑO

HE tenido muchos sueños
Desde que te conocí;
Todos, tristes ó halagüeños,
Han sido sueños de tí.

Uno de ellos, sobre todo,
Me ha hecho sufrir y llorar;
No puedo, de ningún modo,
El sueño aquel olvidar.

Por una playa desierta
Ibamos juntos los dos;
Ibamos sin ruta cierta,
A la ventura de Dios.

Era el silencio profundo,
Y al escuchar y atender,
No más oía en el mundo
Latir nuestro propio ser.

Resplandecía la luna
Cual lámpara ante un altar;
Como una inmensa laguna
Dormía tranquilo el mar.

Una ligera barquilla
Silenciosa llegar ví;
Rozó de pronto la orilla,
Y quedó temblando allí.

Entramos los dos en ella,
Y con blanda rapidez,
Sin dejar surco ni huella
Rasgó la mar otra vez.

Y hacia los vagos extremos
De su infinita extensión,
Bogó sin velas ni remos,
Sin brújula y sin timón.

¿A dónde, insensiblemente,
Navegábamos? No sé.
Confundíanse en mi mente
El cuándo, cómo y por qué.

En el cielo, á cuál más bellas.
Y compitiendo entre sí,
Brillaban miles de estrellas,
Todas nuevas para mí.

Sus destellos de topacios
Copiaba en su fondo el mar,
Y entre dos huecos espacios
Parecíame flotar.

Y la atmósfera, encendida,
Trocábase en resplandor,
Y el resplandor era vida,
Y aquella vida era amor.

Yo sentía, palpitante,
Mayor afán que placer,
Cual si todo en un instante
Se fuera á desvanecer.

Y ante aquel cuadro tan bello
No acertaba mi razón
Si maravilla era aquello
O pura imaginación.

Abrí los ojos por verte;
Solo luz, mucha luz ví;
Sentí el frío de la muerte:
¡Tú ya no estabas allí!

¿Cómo, de tan tiernos lazos
Te desprendiste, mi bien?
De mis codiciosos brazos
¿Quién pudo arrancarte, quién?

No, no te había perdido...
¡Dios me castigaba más!
Tú no habías existido,
Ni existirías jamás!

Por un prodigio estupendo
No tenías ningún sér;
Nadie en el mundo, no siendo,
Te podía conocer.

Pero yo te conocía
Y estaba loco de amor;
Y eras, adorada mía,
El imposible mayor.

Y me hallaba condenado,
Sin perdón y sin piedad,
A un suplicio no igualado:
¡Haber, loco, vislumbrado
La suma felicidad!

* * *

Al despertar de aquel sueño
¡Cuánto dudé y padecí!
¡Cuán pequeño, cuán pequeño,
Y cuán mísero me ví!

Despareció la barquilla,
También la luna y el mar...
Pero la atroz pesadilla
No podía desechar.

Y aún hoy en tantos horrores,
Recelo un presagio cruel,

Sospecho que en mis amores
Se cumpla el ensueño aquel.

 Mi dicha, por grande, temo
Que no pueda ser verdad;
Que no quepa el bien supremo
En nuestra felicidad;

 Pues se me antoja y figura,
Por desdicha de los dos,
Que hacerte tan bella y pura,
Y darme á mí tal ventura,
No es posible, ni aún á Dios.





LA SIRENA

ALEGRE niña que con pie desnudo
Huellas jugando la menuda arena;
Del mar no temas el estruendo ruído
Y oye mi blanda voz: soy la Sirena.

Como banda de cisnes de albas plumas
Que en la orilla feliz buscan el nido,
Olas traigo de cándidas espumas
A morir á tus pies con un gemido.

Y cuando el mar besándolos desmaya,
Por digna alfombra de tu planta breve,
Galante siembra en la arenosa playa
La rubia concha, el caracol de nieve.

Nunca verás marchitas esas flores
De mi eterno jardín; ven á cogerlas;
Y al abrir sus ventallas de colores,
Lluvia caerá de transparentes perlas.

El sol, que hacia el ocaso ya declina,
Aún bochornoso en las arenas arde,
Y la tersa llanura cristalina
Riza apenas la brisa de la tarde.

Ven á jugar con las nevadas olas
Que espiran á tus pies, niña hechicera,
¿No estás conmigo y tu inocencia á solas?
¿No está desierta y muda la ribera?

No hay nadie que sorprenda tus hechizos;
Desciñe el cinto de tu breve falda,
Y libres suelta tus copiosos rizos
Sobre la nieve pura de tu espalda.

Si te avergüenza el sol, niña sencilla,
Yo, porque al sol tu desnudez escondas,
Por velo cuando juegues en la orilla
Te daré las espumas de las ondas.

¿Ves un peñasco sobre el mar pendiente,
Que verdes musgos y ovas han vestido?
En sus quiebras, oh virgen inocente,
Del blanco alción sorprenderás el nido.

Allí se abre entre rocas colosales
Fresca gruta, que obscura se dilata;
La inunda el mar, y esconden los corales
En urnas de cristal peces de plata.

Marinas algas y campestre hiedra
Los muros visten, y del techo brota,
Y cae en taza de bruñida piedra
El agua de una fuente gota á gota.

Las ondas que levanta el mar sonoro,
Allí mueren en trémulo desmayo;
Y cuando esconde el sol el disco de oro,
Baña la gruta con su tibio rayo.

Ven á ese albergue, que conservo oculto
Entre altas rocas y serenas linfas;
Allí te aguarda para darte culto
Coro feliz de náyades y ninfas.

No te asusten escollos y corrientes,
Alegre niña de la breve falda,
Pues para hendir las aguas transparentes
Dócil delfín te ofrecerá la espalda».



Calla y desaparece la Sirena.
¿Aún la niña feliz duda y vacila?
Mira la azul techumbre; está serena.
Mira la inmensa mar; está tranquila.

Ya descíñe su casta vestidura;
Ya suelta al viento los dorados rizos;
Ya baña el sol sin velos su hermosura;
Ya oculta el mar sus púdicos hechizos.

Ya con la espuma, que nevada brilla,
Audaz juega su brazo de alabastro;

Ya se aleja flotando de la orilla;
Ya no quedan en pos huella ni rastro.

Brillante y tersa está la mar sonora;
Pura y límpida está la azul esfera;
Mas tú, madre infelice, teme y llora:
No volverá la niña á la ribera.





TRANSFIGURACIÓN

“¿POR qué los que ayer tímido encendía
El cobarde rubor vagos enojos,
Ceden al resplandor de la alegría
El dulce campo en tus radiantes ojos?

«¿Por qué tu frente, á la que opaco velo
Dió la vergüenza, que el carmín colora,
Hoy, levantada sin temor al cielo,
Brilla, del universo vencedora?

«¿Por qué al medroso labio balbuciente,
Donde la timidez tembló indecisa,
Tentadora brotó y resplandeciente
La que rinde al amor triunfal sonrisa?»

«¿Por qué nacen las flores de tus huellas?
¿Por qué al mundo ilumina tu semblante,
Y á tu alrededor gravitan las estrellas,
Y en tu frente se posa el sol radiante?»

«¿Por qué miro trocada de repente,
Cual por arte de magia poderosa,
La débil niña en reina omnipotente,
La virgen tierna en soberana diosa?»

Así le pregunté á la niña bella;
Y toda avergonzada y encendida,
«Calla», me dijo con los ojos ella;
«¿No ves que triunfo porque estoy rendida?»





AL CAER LA TARDE

ENTRE celajes pálidos ha muerto
El claro día, que al amor ofende,
Y tenues alas sobre el mundo tiende
El crepúsculo incierto.
Ven conmigo: ya el campo está desierto,
Y se oyen sólo, en el murmurio blando
De rumores y quejas y gemidos,
Los céfiros que pasan suspirando
Y las aves que vuelven á sus nidos.

¿Ves aquella colina
A la que da la vid fresca guirnalda?
Por donde menos áspera declina
Cruzaremos los bosques de su falda;
Y en su dorada cumbre,
Con misterioso resplandor escaso,
Nos bañará la desmayada lumbre
Que aún brilla en el ocaso.

Melancólica y bella,
En la azulada sombra del Oriente,
Verás surgir la vespertina estrella;
Y su luz reflejando en nuestra frente,
El labio mudo y de la mano asidos,
Cuando la obscura noche tienda el velo,
Bajaremos al valle lentamente,
Opreso el corazón, y humedecidos
Los turbios ojos de mirar al cielo.





Á LA LUNA

ASTRO sin vida, que entre opacas nieblas
Ruedas en el sombrío firmamento,
Y para hacer visibles las tinieblas
Prestada luz reflejas macilento,

¿Cuál es, dime, el instinto misterioso
Que entre las sombras de la noche fría,
En las lóbregas horas del reposo
Tu silencioso curso lento guía?

¿Para qué velas con tenaz empeño
Sobre la frente del dormido mundo,
Si disipar su tenebroso sueño
Jamás logró tu rayo moribundo?

¿Por qué baña tu luz descolorida
Selvas y campos que tranquilos duermen,
Si húmedo en ellos de la oculta vida
No haces brotar el escondido germen?

¿Por qué inundas fantástica á lo lejos
De vago resplandor valles y montes,
Si mueren entre brumas tus reflejos
Sin alumbrar los negros horizontes?

Pálida brilla tu argentina frente
De adusta sierra en la escarpada cumbre,
Y el mundo, á tu presencia indiferente,
Cierra los ojos á tu tenue lumbre.

Ni el coro de las aves te saluda,
Ni la cerrada flor abre su broche:
¡Sólo contemplo yo tu aurora muda,
Oh sol inútil de la ciega noche!

La contemplo, y el alma finge ansiosa
Que también luminar fuiste del mundo,
Y tu luz eclipsó la esplendorosa
Luz del sol en el ámbito profundo;

Y soñadora ve la fantasía
Surgir la aurora al espirar la tarde,
Y enlazándose el día con el día,
Eterna luz en los espacios arde.

¿Qué soplo frío, en resplandor incierto
Tus rutilantes rayos ha trocado?
¿Quién, en globo sin luz árido y yerto,
Mudó tu disco de oro, astro apagado?

¿Por qué tu afrenta, oh reina, en el oculto
Fondo de los espacios no escondiste?
¿Por qué va tu cadáver insepulto
Sin luz rodando en nuestro cielo triste?

Ni al día espantas, ni á la noche alegras;
Inútil viertes claridad tranquila,
Que entre las sombras de la noche negras
Bebe ansiosa tan solo mi pupila.

Mas ¡ay! ¿por qué, si con letal desmayo
A las tinieblas das luz infecunda,
Al alma halaga el misterioso rayo
Y de inefable languidez la inunda?

¿Por qué, cuando en la tierra la alegría
Muere con el del sol postrer destello,
Más que el radiante luminar del día
Tu opaco globo es á mis ojos bello?

¿Por qué en la soledad de mi retiro
Siguen tu curso en el zenit remoto,
Y sediento tras él va mi suspiro
En busca del que ansío bien ignoto?

Es que á la inmensidad de mis anhelos
Cuyo audaz vuelo á la razón asombra,
No basta el infinito de los cielos
Sin el lóbrego arcano de la sombra;

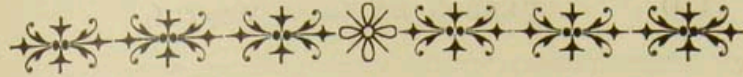
Es que al afán hidrópico del alma
Siempre es la realidad pobre y pequeña,
Y á tu luz busca en la nocturna calma
Ese mundo feliz que ideal sueña;

Es que mi pobre corazón, herido
En el eterno yunque del quebranto,
Teme al placer, y apura conmovido
De la tristeza el misterioso encanto!

Y por eso la luz descolorida
Que ociosa viertes con tenaz empeño,
Sin fecundar el germen de la vida,
Sin despertar al mundo de su sueño,

Aunque su aurora el pájaro no cante,
Aunque la flor no rompa el tierno broche,
Antorcha es del poeta y del amante,
¡Oh sol inútil de la ciega noche!





EL SECRETO DEL AMOR

DON PEDRO.—*Speak low,
if you speak love.*
(Shakespeare).

CUANTO quieries decirme, lo percibo,
Mi dulce bien, aunque los labios no abras.
Tiene el amor un tierno y sugestivo
Lenguaje sin palabras.

Las emociones que en tu tersa frente,
Leyendo en ellas mi feliz fortuna,
Miro pasar, cual nube transparente
Sobre la blanca luna;

Tus labios que abre trémulo suspiro,
Dulce explosión del corazón opreso;
Tus labios de ambrosía, donde miro
Brotar el primer beso;

La suave luz que tiembla en tus pupilas
De altivos rayos de desdén desnudas,
Si en mis ojos mirándose intranquilas,
Me dicen: «¿Por qué dudas?»

De tus brazos el lánguido abandono
Que amor revela; el desigual latido
De tu albo pecho, de las gracias trono,
De los amores nido;

Tu mano, que cual ala de paloma
Cautiva en tenue red, tiembla en mi mano:
Ese, ¡oh tímida niña! es el idioma
Del amoroso arcano.

En la sombría hondura de los valles
Donde frondosa la arboleda inculta
Más entrelaza sus torcidas calles,
La fuente mana oculta.

Bajo el dosel de las espesas ramas
Donde el rayo del sol enardecido
Templa en las hojas sus ardientes llamas,
Late ignorado el nido.

Y del secreto en el medroso encanto,
Envueltos en los velos protectores
Que tienen de rubor el nombre santo,
Alientan los amores.

Es la felicidad siempre cobarde:
Sabe que para el mundo no ha nacido,
Y ansiosa teme que el menor alarde
Le robe el bien querido.

Y por eso, al mayor de los placeres
Nuestro callado diálogo aventaja.
Sé, aunque no me lo digas, que me quieres;
Pero, si tú decírmelo prefieres,
Dímelo en voz muy baja.





LA FLOR DE MI VENTANA

FLOR perfumada, que al primer destello
Del sol de Abril que en mi ventana brilla,
Abres enamorada el cáliz bello
En tosco vaso de grosera arcilla,

Porque el herido corazón acalle
Los que luchan en él rudos enojos.
A mi memoria traes el natal valle
Inundando de lágrimas mis ojos.

Y al aspirar ansioso tus aromas,
El alma vuela en alas de un suspiro
Al verde huerto y las floridas lomas
Que en dulces sueños á lo lejos miro.

¡Oh dulce hogar de la niñez! ¡Risueños
Campos, praderas, conocidos montes!
¿Qué os habéis hecho, seductores sueños,
Que poblabais los patrios horizontes?

¡Ay, de todas las galas con que viste
La vida al mundo en su feliz mañana,
Sólo me queda, por consuelo triste,
Tu aroma, pobre flor de mi ventana!

Cuando entreabres las hojas purpurinas,
El soplo del Abril me regenera,
Y cuando el cáliz marchitado inclinas
Contigo muere ¡oh flor! mi primavera.

Breve es tu vida y mi ilusión es breve;
Aromas das al viento, y yo suspiros,
Para que juntos, al volar, los lleve
Sin saber dónde en sus revueltos giros.

Y aguardando las auras de la umbría,
Que sollozan quizás en lontananza,
Cierras las hojas á la luz del día
Como yo el corazón á la esperanza.





OH niña hermosa entre las más hermosas!
Cuando contigo embelesado sueño,
Vuelan mis fantasías amorosas
A Grecia, y te comparo con las diosas
Del Olimpo ruiseño.

Pienso en Venus, de todas la más bella,
La que quizás te iguala en hermosura;
Pero, si al par vuestra beldad destella,
Tú, reina de mi amor, eres más pura,
Mucho más pura que ella!

Pienso en Diana, la virgen cazadora,
Y en tí, también esbelta, airosa y viva;
Pero eres tú más bella y seductora,
Pues al tierno amador, que fiel te adora,
No eres, como ella, esquivá.

Pienso en Minerva, en cuyas nobles sienes
Júpiter puso del saber la palma;
Y en tí, que eres cual ella, pero tienes,
Para unir todos los supremos bienes,
Dulce y sensible el alma.

Pienso en la madre Juno, la que impera,
Con Jove augusto, en la celeste esfera;
Y en tí, que el trono aquel ocuparías
Mejor, pues aunque diosa, no serías,
Como Juno, altanera.

Si Grecia, creadora de deidades,
Te hubiese conocido, niña hermosa,
Forjara su ficción maravillosa,
Para asombro de todas las edades,
Otra olímpica diosa.

Otra diosa, en que uniérase lozana
La beldad de la forma soberana
A un espíritu excelso cual ninguno;
Más divina que Venus y que Diana,
Que Minerva y que Juno.





EL IDILIO DEL ZAPATERO

VIVE junto á mi casa un zapatero,
Que en la tosca porfía
De la lezna tenaz y el duro cuero
Pasa ocupado el día.

Pero cuando aparecen las estrellas
En la extensión lejana,
Y el pobre ve brillar dos ó tres de ellas
Por la estrecha ventana,

Arrojando ¡oh placer! el mandil rudo,
 Agarra codiciosa
Su mano, aún llena de grasiento engrudo,
 La flauta melodiosa;

Y á la brisa, que pasa mansamente
 Por la obscura calleja,
Da un aire melancólico y doliente
 Cual prolongada queja.

Globos de fuego, esferas de topacio,
 Astros de luz y de oro,
Pausados giran por el alto espacio
 En acordado coro;

Y húmeda de sudor la sien radiante,
 Sin compás y sin pauta,
Hace sonar el músico incesante
 La quejumbrosa flauta.

Corrientes aguas, puras, cristalinas,
 Y mirándose en ellas,
Árboles do las aves peregrinas
 Vierten dulces querellas;

Títiro, bajo el haya reclinado,
Que al són de dulce avena,
Da el nombre de Amarilis adorado
Al valle y selva amena;

Flérida, más risueña y más hermosa
Que Abril, de flores lleno,
Blanca como la leche, y más sabrosa
Que fruta en huerto ageno;

El dulce lamentar artificioso,
Las razones discretas,
Con que luchan Salicio y Nemoroso,
Menalcas y Dametas;

Galatea, que arroja en pueril juego
La manzana incitante,
Y entre los mimbres se agazapa, luego
Que la ha visto su amante;

Cuanto tú, Garcilaso, y tú, Virgilio,
Cantasteis doctamente;
Cuanto sueña quimérico el idilio
A orillas de la fuente;

Limpias cabañas entre agrestes lomas,
Honda gruta escondida,
Fuentes y flores, céfiros y aromas,
Luz, aire, amor y vida...

En dulces cuadros, que la dicha puebla
Y un rayo del sol dora,
Hace alegres surgir de la tiniebla
La flauta creadora;

Mientras que giran en el alto espacio
En acordado coro,
Las esferas de fuego y de topacio
Los astros de luz y de oro.





A LA ALONDRA

CALLA, importuna alondra vigilante,
Que audaz remontas hasta el sol el vuelo;
No despierte á tu voz mi dulce amante,
Creendo que la llaman desde el cielo.

Como en la móvil cuna feliz niño,
Ella el sueño de amor duerme inocente;
Su ebúrneo brazo, que encorvó el cariño,
Da blando apoyo á la tranquila frente.

Extendida su diestra sobre el lecho,
 Busca tal vez la mía cariñosa;
 Y dormido sonríe, si la estrecho,
 El casto labio que humilló á la rosa.

Brisas tempranas los dorados rizos
 Que el seno inundan, juguetonas mueven,
 Y descubren los cándidos hechizos
 Que á profanar los ojos no se atreven.

Leo, al pasar sobre su frente pura,
 Los pensamientos de su amor risueños;
 Y sorprendo temblando mi ventura
 En las dulces sonrisas de sus sueños.

Como cubre la luna blanca gasa,
 Vela su frente nube pasajera;
 Lenta á mis ojos y apacible pasa,
 É interna luz su rostro reverbera.

El mudo labio, que entreabrirse quiere,
 Deja escapar murmurador gemido,
 Y en él confuso y palpitante muere
 Mi nombre una y cien veces repetido.

En un suspiro de amoroso fuego
Por fin el tierno corazón estalla,
Y su labio feliz sonríe luego...
¡Calla, oh alondra vigilante, calla!





PÁJAROS ESPANTADOS

EN un rincón del huerto
Oigo á todos los pájaros cantar .
Sorprender quiero el magistral concierto,
Me aproximo pausado, con pie incierto,
Y los pájaros echan á volar .

Fantasías, quimeras é ilusiones
Cantan en mi alma tímidas canciones;
Mas si, halagado por el dulce són,
Quiero entender su misterioso acento,
Vuelan las cantadoras al momento,
Y mudo se me queda el corazón.



EL DÚO NUPCIAL

PARA el día feliz de nuestra boda,
Con cuyo halago mis anhelos calmas,
Dispondré una «audición», si te acomoda;
La música es la lengua de las almas,
Y á más, está de moda.

No buscaré para la hermosa fiesta
Al ruiseñor que canta en la floresta;
Merecen más los desposorios nuestros.
Ya verás tú qué magistral orquesta;
¡Qué artistas, qué maestros!

Llevará un niño la triunfal batuta...
—¿Un niño?—Sí, Mozart: ¿quién le disputa
Ese cetro del ritmo y la armonía?
Se lo puso en la mano diminuta
La ideal poesía.

Mira; viene á mi voz. ¿Qué le pedimos?
Nada que traiga el llanto á nuestros ojos:
Dulce alegría, púdicos sonrojos.
Caricias tiernas, cariñosos mimos,
Adorables antojos.

No un «lamento», de notas fugitivas,
No un «nocturno», de tono funerario...
¿Bodas? ¡Pues las de *Figaro* festivas!
¿Tiple? La Patti, *diva* entre las *divas*;
El tenor será Mario.

Si á tu imaginación fresca y lozana
Le place más la música italiana,
Y en el cambio Mozart no ve un desaire,
Vendrá el Cisne de Pésaro, que hermana
Sentimiento y donaire.

Vendrá Rossini plácido y sonriente,
Coronada de rosas la ancha frente,
Y vibrará gozoso el mundo entero,
Sí á júbilo y amores juntamente
Repica su *Barbero*.

¿Por qué el ceño frunciste, dulce amante?
¿Piensas que esto es ensueño delirante,
Iluso afán de mi cariño loco?
¿Ó á tu inmenso anhelar aún no es bastante?
¿Qué quieres, si eso es poco?

¿Qué quieres? ¡Ah! lo veo, lo adivino
En tus pupilas de fulgor divino.
Desdeñas de este mundo los placeres;
Pobre y pequeño ves cuanto imagino...
Ya sé lo que tú quieres.

Tú quieres que no muevan triunfadores
Ni Mozart ni Rossini la batuta;
Que no turben los éxtasis de amores
Que tu feliz espíritu disfruta,
Ni tiples ni tenores;

Que la voz cese, para tí molesta,
De agrias flautas y de ásperos violines;
Que calle el ruiseñor en la floresta;
Y que allá arriba, en la celeste orquesta,
Callen los serafines.

¡Oh, sí, tienes razón, diosa adorada!
¡El amor! ¡Lo demás no importa nada!
Para un dúo nupcial, limpio y sonoro,
¡Qué Rosina cual tu alma enamorada!
Cual mi fiel corazón, ¡qué otro Lindoro!





LA ENCINA

I

HIJA de los agrios cerros,
Vieja encina de las rocas,
¿Por qué el valle y la colina
Que los céspedes alfombran,
A la vid, rica en guirnaldas,
Y al verde olivo abandonas,
Y en los descarnados riscos
Clavas tus raíces sobrias?

El trepador cabritillo
Huye tus ásperas hojas;
A la niña de la aldea
Nunca la frente coronas,
Ni anidan aves del cielo
En tus ramas espinosas.

Árbol ¡ay! sin primavera,
Siniestra noche es tu sombra,
Pálidos copos de nieve
El rocío de tu aurora,
Y furiosos vendavales
Tus auras halagadoras.
De tu Abril la amarga savia
Jamás con florida pompa
Las áridas ramas viste,
Do sólo el grajo se posa
Cuando siniestra presagia
La tormenta su voz ronca.
Abriga fecunda hoguera
La puerta de blanca choza;
Frutos de oro esconde el árbol
Del huerto entre verdes frondas,
Y junto á la fuente donde
Aguarda al galán la hermosa,

Del sol protege á la niña
Álamo de fresca sombra.
¿Qué haces tú en las altas cumbres,
Vieja encina de las rocas?

II

—¿A dónde vais, leñadores,
Con las hachas cortadoras?
¿Por qué atravesáis el valle,
Y cruzáis la selva lóbrega,
Y escaláis las árdidas cimas,
Que eterno huracán azota?
¿Es que el mástil y la quilla
Buscáis de la nave cóncava,
Ó el ariete del soldado,
Que los fuertes muros rompe,
Ó las columnas que unidas
En trabazón ingeniosa,
Hasta los cielos levantan
Palacios que al mundo asombran?
Si eso buscáis, leñadores,
Los del hacha cortadora,
Herid el tronco robusto
De la encina de las rocas.

El árbol de amargo fruto,
El de las ásperas hojas,
El que al ave no da nido,
Ni á la doncella coronas,
El que estéril savia bebe
Asido á las peñas toscas,
Y nunca sus negros ramos
Vistió de florida pompa,
Cuando en valles y colinas
El furioso ábrego troncha
Verdes ramas que se inclinan
Cargadas de dulces pomas,
Impasible desafía
De la tempestad la cólera,
Como inquebrantable escollo
En que el mar rompe sus olas.
No envidies floridas galas,
Vieja encina de las rocas,
Que jamás flores ornaron
Frentes que rayos afrontan.





LAS ESTRELLAS

I

Cuando en las regaladas noches de primavera,
Estremecido el pecho por tímida emoción,
Abres á los ensueños de la ideal quimera
El alma, y á las brisas nocturnas tu balcón;

Cuando tus ojos huyen, de la dormida plaza
Los muros, que proyectan siniestra obscuridad,
Y tu mirada inquieta, que su pavor rechaza,
En el etéreo espacio se pierde en libertad;

De todas esas luces, que bellas y tranquilas
Desde lejanos cielos fulguran sobre tí,
Cual de entreabiertos ojos las trémulas pupilas,
Que siempre están hablándote, hablándote de mí;

¿A cuál de ellas los ojos humedecidos giras?
¿En cuál de ellas tú buscas la claridad mayor?
¿A cuál asciende de ellas, cuando feliz suspiras,
El lánguido sollozo de tu naciente amor?

De esos flotantes orbes en la dispersa hueste,
¿Cuál es el que en sus giros no pierdes tú jamás?
Cuando tu fantasía vuela á su luz celeste,
¿En cuál ves mi recuerdo? ¿A cuál mi nombre das?

Flores un mismo tallo, gemelos de una cuna,
Algunos juntos nacen y mueren á la vez;
En la infinita esfera sus órbitas aduna
La fuerza que amorosa condúcelos tal vez.

Soles de nuevos mundos, derraman sus destellos
Otros con esplendente y regia majestad,
Las luces apagando de los que en torno de ellos
Avergonzados radian dudosa claridad.

En tenues nubes otros, de polvo diamantino,
El pensamiento llevan donde la vista no,
Y son olas de estrellas que en leve remolino
El caos en sus negras borrascas arrastró.

Unos, que con espanto contemplas, arden rojos,
Quizás encandecidos por interior volcán;
Sus luces otros menguan, cual moribundos ojos,
Planetas desdichados, que agonizando están.

Su rayo unos desprenden incierto y tremolante,
Cual tu mirar medroso cuando se fija en mí,
Otros serenos lanzan su luz limpia y constante,
Cual mis absortos ojos clavados siempre en tí.

Y todos esos astros, de resplandor diverso,
Y todos esos mundos, de diferente edad;
Los que son fuerte núcleo quizás de un universo,
Los que, sueltos cometas, surcan la inmensidad;

Los que su disco esconden en los profundos cielos,
Los que al ocaso brotan, cual luminosa flor;
Todos hablan al alma de dichas ó consuelos,
Todos hablan al alma de eternidad y amor.

Al inefable encanto de su propicia llama
Brilla el de nuestros sueños imaginado bien;
Al corazón que goza, le dice su voz: «Ama».
Al corazón que sufre, le dice su voz: «Ven».

Por eso, cuando tú abres á las calladas brisas
De la apacible noche, ¡oh niña!, tu balcón,
A la hora en que no saben los labios de sonrisas,
Y de suspiros tiernos se llena el corazón,

Tu alma, con nuevas alas, tiende feliz el vuelo,
A un mundo que á tu infancia desconocido fué,
Como al sol volar quiere del águila el polluelo
Si en el zenit excelso resplandecer lo ve.

II

Los ojos de la virgen aman á las estrellas,
Y las estrellas aman su magia celestial;
Los liga el dulce lazo que une á las cosas bellas,
El vínculo secreto de un atractivo igual.

Por eso, cuando eleva la virgen pensativa
Al cielo una mirada, que es casi una oración,

Y entre los astros y ella deslízase furtiva
Alguna de esas sombras, que hijas del alma son;

Si atiende á tu solemne silencio, ¡oh noche muda!
Cual si de voz amiga soñase el timbre oír;
Si un nombre, que vacila y tembloroso duda,
Sus palpitantes labios al fin logra entreabrir,

Amor, rey de las almas, amor, dios de la vida,
Celebra su victoria, y en justo galardón,
A la doncella cándida, á su poder rendida,
De aún no sentidos goces le llena el corazón.

Y es que en la noche augusta, transpiran de nuestra
[alma,
Los sueños que escondidos más en su fondo están,
Como encantadas flores que en la nocturna calma
Su más secreto aroma libre al ambiente dan.

Asciendan á los cielos, ó de los cielos bajen,
Puros entonces siempre los pensamientos son;
Da la luz de los astros á la soñada imagen
No sé qué misteriosa, feliz consagración.

III

¡Dichoso el que, nacido bajo contrario signo,
Sabe, cuando luchando con su infortunio va,
Que ignorado del mundo, y de otro mundo digno,
Un sér puro á los cielos hablando de él está!

Por eso quiero, niña, saber si hay una estrella
Que mirarás mañana cual la miraste ayer;
Si finges de mis ojos la luz en su luz bella;
Si ansias que muera el día por verla renacer.

Pues cual amante esposo que en el sagrado templo
Escucha de la virgen el balbuciente sí,
Yo, lejos de tu lado, dichoso me contemplo,
Si ante el abierto cielo piensas también en mí.





CARTA Á VICENTE W. QUEROL

DEJA que á media voz hable contigo
Cual se conversa en plática secreta,
Ya que Dios no me dió, Querol amigo,
Alzar los himnos del genial poeta.
No cual rauda saeta
Hiere mi inspiración la humana mente,
Ni mis estrofas el osado vuelo
Tienden en la esplendente

Inmensidad del cielo.
A tí la lira de oro
Que Pindaro, alentando el triunfal coro,
En los Juegos Olímpicos pulsaba;
Y el clarín de Tirteo, que aún escuchas,
Y que en tropel belígero arrastraba
El pueblo aqueo á las tremendas luchas;
A tí del gran Quintana el patrio acento,
Cuando en las cumbres de la erguida sierra
Vibrar hacía el silencioso viento
Al grito aterrador de «muerte y guerra».
A tí la voz de fuego, el audaz canto,
La explosión del espíritu grandiosa;
A mí el tierno suspiro, el dulce llanto,
La emoción silenciosa,
Que son del alma misterioso encanto.
¡A tí la gloria, á mí el amor! Espante
Tu vozalzada al coronado crimen;
El apocado espíritu levante
De los que opresos gimen;
Y dando vida á la impasible historia,
Las almas que del vulgo se sublimen,
Con un rayo ilumine de tu gloria;
Que mientras noble Musa

Tu canto inspira majestuoso y grave,
Yo hallaré otra Valclusa,
Donde me dé Petrarca el dulce clave.

Amaré, y sin los ásperos enojos
Que en torno al genio sin cesar conspiran,
Me miraré en los ojos
Que en mis ojos estáticos se miran,
Y tú de los que cantan triunfadores,
Yo seré de los vates que suspiran.
Distintos son nuestros dorados sueños;
Con tenaces empeños
Cada cual su anhelado bien demande,
Y sea yo feliz, seas tú grande.

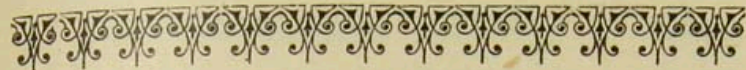
¡Y seas grande tú! dentro del alma
Temor funesto abrigo;
¡Cuántas espinas brotan,
Querol, en torno á la gloriosa palma!
¡Cuántas, oh caro amigo,
Huracanadas ráfagas azotan
La descarnada y vacilante cima
Do el genio se sublima!
Y doy que no á tu planta
La cumbre excelsa se estremezca y se hunda;
Doy que tu sien la gloria ya circunda

Con el nimbo de luz que al vate encanta.
¿Crédulo juzgas que á fatiga tanta
Digna hallarás tal vez la recompensa?
De tu sueño feliz hoy un dios haces;
¡Ay, ay de tí, cuando la nada abrases
De esa ilusión inmensa!
Cuando la bruma, cada vez más densa,
Del desencanto triste,
Robe al mundo la luz de la alegría
Con que de hechizo seductor lo viste
Tu propia fantasía,
¿A dónde volverás los secos ojos,
Al bien y al mal abiertos,
Cansados ¡ay! de contemplar abrojos,
Cansados ¡ay! de descubrir desiertos?
Algo de otra región el alma encierra,
Que infunde en ella sueños delirantes;
Las glorias de la tierra
A saciar ese afán no son bastantes.
Amor, no más, te volverá la calma;
Solo puede llenar al alma el alma.
Y es el amor su lazo más divino,
Renovación de parentesco eterno,
De una patria común recuerdo tierno,

Que une á dos seres en igual camino.
Poeta, que profundo
Sientes de un vago bien el vivo anhelo,
Rinde el alma al amor. ¡Hijo del cielo,
Aún hay un cielo para ti en el mundo!

1858.





CONTESTACIÓN

À MI QUERIDO AMIGO TEODORO LLORENTE

LEÍ tus versos, complacime en ellos
Como en visión de dicha deleitosa;
Sueños de la ilusión, gratas quimeras
De un alma que reposa;
Sucesión de floridas primaveras
Juzgué tus pensamientos:
Que la pasión con encontrados vientos
No ha combatido la velera nave,
Do vas dormido al son de la corriente,

Y de la brisa al murmurar suave.
De pie en la popa, sobre el alba frente
El rayo de la luna amarillenta,
Al viento la flotante vestidura,
Coronada de flores,
Miro tu musa, que á las sombras cuenta
El delirio feliz de tus amores.

¿Quién eres? ¿Dónde vas, sombra de un día,
Imagen de ese bien que no se alcanza,
Angel de luz, de amor y de armonía,
Ensueño embriagador de la esperanza?
—¿Quién soy? ¡La juventud! Yo soy quien mece
Al alma en sus continuos devaneos;
Fuego que brilla un punto y desaparece,
Madre de la inconstancia y los deseos.

Tu Musa es, pues, la juventud, risueña,
Plácida, alegre, embebecida en risas,
Que ideas mil enamorada sueña
Fugaces ¡ay! cual juguetonas brisas,
Cual banda de palomas,
Cual mariposas que en los aires giran,
Céfiros que suspiran
Dando frescura y derramando aromas.

Y pasará, y con ella tu ventura,
Ventura de un momento;
Relámpago que muere en nube obscura
Será tu pensamiento.
Desecha, pues, el engañoso encanto
De esa ilusión de un día,
Si no quieres comprarla con quebranto,
Con horas de agonía.

Y no es que yo con frío escepticismo
Mire doquier con ojos conturbados
De la nada el abismo,
Ni que llore por siempre ya pasados
Los siglos del amor y el heroísmo.
Yo creo, sí, pero con fe más alta;
Numen mayor que el que tu verso inspira
Hoy este canto embravecido exalta.
Desecha esa dulcísima mentira,
Vuelve en tí de tu loco devaneo;
Rompe de tajo la amorosa lira
Y empuña al fin la trompa de Tirteo.

Si, cuando todo en derredor se muda,
Cuando empaña la luz de los altares

La sombra de la duda;
Cuando buscan vengarse en sus enconos
Y se entrechocan cual revueltos mares
Los pueblos y los tronos;
Cuando combate en lucha fratricida
La humanidad, y falta á su consuelo
La fe del alma y paz de los hogares;
Cuando es Babel, de confusión herida,
La ciencia de los hombres y su anhelo,
¿Cómo entonar eróticos cantares?
¿Cómo pedir á Horacio
La lira de marfil con cuerdas de oro,
Do vertieron de amor rico tesoro
Las vírgenes del Lacio?

Guerrero con las armas desceñidas,
¿Cómo acudir cuando el clarín de guerra
Suene por las llanuras extendidas,
Retumbe entre las quiebras de la sierra?
El yelmo refulgente
Ciñe en lugar de marchitables flores;
No el amor en tus ojos, si en tu frente
Brille el valor audaz de tus mayores.

¡A! ¿Será que no late
Tu corazón con el común latido,
Y cuando el mundo en derredor combate,
Tú, entre los brazos del amor dormido,
Ciego no ves su duelo,
Sordo no escuchas su postrer gemido,
Y ansias tan sólo para tí ese cielo
Do en blandas paces el amor suspira:
Guerrero, en fin, que fatigado trueca,
Hércules á los pies de Deyanira,
Su lanza ya por afrentosa rueca?

No, no será. Tu voz, tu voz tonante
Alentará las almas de los fieles
Cuando atrevida al opresor espante
Y marchite sangrientos sus laureles.
Voz triste á los tiranos,
Grata al que mire vulnerar su drecho,
Y que pondrá del pueblo en el despecho
Ira en el corazón, hierro en las manos.
Voz de dolor para el honor perdido,
Voz de placer para el valor triunfante,
Voz de consuelo al mísero afligido,
Voz de virtud al ánimo constante,

Que en el revuelto y loco torbellino
De esta edad de zozobra y duda inquieta,
Guiar á la humanidad por su camino
Es la misión sagrada del poeta.

Y tú la cumplirás: ruínas y abrojos
Mira doquier para impedir tu paso;
Tal vez el llanto escaldará tus ojos,
Duelo en el alma sentirás acaso;
No importa: en la alta frente
Brille la paz del mundo ante el agravio:
¡Adelante, con ánimo valiente
Y con la fe del sabio!
¡Siempre adelante!: y si en la triste lucha
El ánimo decae enflaquecido,
Esta palabra de consuelo escucha
Que sonará en tu oído:
«No temas nunca abandonar la tierra
Cubierta siempre para tí de duelo,
Que cuantos bienes te brindó y encierra,
No bastan, no, para forjarte un cielo».

V. W. QUEROL.

1858.



EN EL SILENCIO DE LA NOCHE

CORONADA de estrellas
Desciende ya la noche en vuelo blando,
Y en pos va de sus huellas
El mudo numen del tranquilo sueño,
En su diestra agitando
Marchito ramo de letal beleño.
Goza el reposo que el Señor te envía,
¡Oh mundo! Y tú, despierta, ¡oh alma mía!

Callad, brisas de Abril, que engañosas
Llenáis las selvas de suspiros vagos;
Callad, callad, oh ráfagas sonoras
Que resbaláis sobre los tersos lagos;
Callad también, raudales cristalinos;
Y tú, que endulzas las nocturnas horas,
Suspende un punto, ruiseñor, los trinos.
Callad, y cuando todo en dulce calma
Repose, escucharé con vivo anhelo
La voz que vuela desde el alma al cielo,
Y la que viene desde el cielo al alma.





BRILLE en Oriente el luminar del día,
Sepulte en el ocaso el disco de oro,
Oyes tú de mis labios, vida mía,
El mismo «yo te adoro».

«Yo te adoro» es la voz de mi contento;
«Yo te adoro» es la voz de mi gemido;
«Yo te adoro» el eterno juramento
Cien veces repetido.

¿Por qué al fulgor de tu mirada pura,
Que en mí se fija candorosa y tierna,
Da siempre un nuevo rayo de ventura
Esa palabra eterna?

¿Por qué? ¡Vana pregunta! Igual arrullo
Da siempre al bosque la feliz paloma;
Siempre en el campo el matinal capullo
Exhala el mismo aroma.

Siempre en las ramas con igual acento
Gime fugaz la brisa enamorada;
Y con igual carmin el firmamento
Matiza la alborada.

Y aun cuando antiguos como el mundo sean
Esos aromas, luces y armonías,
Con iguales delicias nos recrean,
Nuevos, todos los días.

El viejo Amor, que de caducas flores
Viste bosque y vergel con pulcro aliño,
Aunque pasen los siglos voladores,
Será perpetuo niño.

Él, de la juventud y de la vida
Prestará siempre el inefable encanto
Al pájaro, que al sol la bienvenida
Le da con dulce canto;

A la flor que despliega el tierno broche
Al murmurio del céfiro sonoro,
Y al que suena en mis labios día y noche
Eterno «yo te adoro».

Este afán que atormenta al alma mía
Es ¡oh mi amada! la inquietud sin nombre
Que al brillar en el mundo el primer día
Asaltó al primer hombre;

Y la luz que en tu faz brilla radiante,
Cual vivo lampo de interior hoguera,
El placer que brotar sintió al semblante
Su hermosa compañera.

Mas, aunque sea nuestra doble llama
Chispa del fuego que brotó fecundo
En el Edén, é inextinguible inflama
Ha cien siglos al mundo;

Cada vez que me miras, dueño mío,
Pienso que engendra nuestro mutuo anhelo
Al amor, y que surgen del vacío
Con él luz y calor y tierra y cielo!



LA ARMONÍA

(VERSOS LEÍDOS EN UN CONCIERTO).

ERA la primera aurora:
Nacía el mundo y callaba,
Con la opresión bienhechora
De la vida que brotaba.
Mirábanse tierra y cielos
Con silenciosos anhelos,
Sin poderse comprender;
Y sin voz todas las cosas

Preguntábanse afanosas
El misterio de su ser.

De pronto en el firmamento
La imagen de Dios fulgura,
Y su razón al momento
Comprende toda criatura.
Late y se estremece todo,
Roca y éter, luz y lodo;
Y con júbilo triunfal,
Roto el silencio profundo,
Suena doquier en el mundo
El cántico universal.

Sacudiendo la guedeja
Ruge el león, el buey brama,
Zumba en las flores la abeja,
Trina el pájaro en la rama;
El arroyo en giro blando,
Va corriendo y murmurando;
La ola suspira al morir;
Y hasta el estrellado coro
Mide con ritmo sonoro
Las órbitas de zafir.

¿Qué murmura esa armonía
De inarticuladas voces?
¿Qué dicen la mar bravía
Y los céfiros veloces?
¿Qué nombre dulce y suave
Modula en su canto el ave?
¿Cuál pronuncia el huracán?
Sílabas son balbucientes,
Preludios incoherentes
De un indefinido afán.

Pero ya en ese concierto
Suena la palabra humana;
Y ella su sentido incierto
Explica, fija y hermana.
Ella mezcla el esplendente
Rayo de la osada mente
Con la ráfaga veloz,
Y en la vaga melodía
Da espíritu á la armonía,
Da sentimiento á la voz.

¡Oh cantar que el alma inspira!
¡Alma que del alma brotas!

El universo es la lira
Con que acompañas tus notas.
Tú, de la creación entera,
Intérprete y mensajera,
Voz del dolor y el placer,
Das tu acento, dulce ó grave,
A cuanto en el mundo sabe
Amar, orar y creer.

¡Oración, suspiro y canto!
¡Espresión del mismo anhelo!
¡Impulso tres veces santo
Que al alma das igual vuelo!
Aves sois de un solo nido,
Que del cielo habéis caído
Y al cielo queréis tornar;
Y al ver de lejos sus puertas,
Tenéis las alas abiertas,
Y prontas siempre á volar!

Y por eso es la armonía
Para el alma amante y pura,
Perfume de la alegría,
Bálsamo de la amargura,

Iris en negra tormenta,
Freno en la lid turbulenta,
Mensaje de la pasión;
Y en júbilo ó en despecho,
Del Etna de nuestro pecho
La bienhechora explosión.

Canta en sus juegos el niño,
Canta el mozo en sus amores;
Canta su tierno cariño
La doncella entre las flores;
Canta la madre anhelante
Cuando al adormido infante
Mece y contempla á la vez;
Y aún sonríe el triste anciano,
Si le lleva eco lejano
La canción de la niñez.

Canta el que su mal espanta,
Canta el que llora sus penas,
Y hasta el mismo esclavo canta
Al compás de sus cadenas;
Canta el que á su Dios adora,
Canta el que afligido implora

Su justicia ó su perdón;
Cantan regocijo y duelo:
Sólo, escondiendo su anhelo,
Callan perfidia y traición.

Cantad, pues, con el acento
Que las tempestades calma;
Dad vuestras voces al viento,
Dad al entusiasmo el alma.
Y encendido vuestro canto
En el fuego puro y santo
Que arde en vuestro pecho ya,
Dulcificando su tono,
Hasta las gradas del trono
Del mismo Dios subirá.





Si te disgusta que te diga, hermosa,
Que te idolatro, que de amores muero,
Que eres mi dicha, mi ilusión, mi diosa,
¿Para qué me preguntas si te quiero?

Si te enoja que ciña locamente
Mi brazo audaz tu talle delicado,
¿Por qué á mí te aproximas sonriente?
¿Por qué á sentarte vienes á mi lado?

Si al recibir mi beso arden tus iras
En el vivo carmín de tus sonrojos,
¿Por qué, al hablarte yo, tierna suspiras
Y lánguidos después bajas los ojos?



LA ESPERANZA

JAMÁS la tierra impura
Hollaste, oh virgen. Bañan los reflejos
De la luz soberana tu hermosura,
Y ostentando triunfal etéreas galas,
Me apareces fantástica á lo lejos,
Siempre extendidas las veloces alas.
¿Por qué pasan los años
Sin que á tus labios la sonrisa roben,
Y superior á sus fatales daños,
Siempre bella te admiro y siempre joven?

¿Por qué entre nubes de zafiro y rosa
Te veo siempre sonreír dichosa,
Mostrándome entreabierta
La que anhelante busca el alma ansiosa
Del feliz porvenir dorada puerta?

 Mi breve aurora desmayada aún brilla,
Y mustias miro ya todas las flores
Que del camino recogí en la orilla.
A mi paso, sus ramos protectores
Deshoja la arboleda;
Lúgubre gime la que fué aura leda,
Y vertiendo en mi frente el postrer rayo,
Entre las sombras del otoño rueda
Pálido el sol del luminoso Mayo!
De cuanto loco amé, ya nada existe,
Y tú sola, visión de mis ensueños,
Tan pura brillas en mi ocaso triste
Como en los días de mi Abril risueños!

 ¿Por qué tu dulce imagen no abandona
Jamás al alma herida?
¿Quién á tus sienas ciñe la corona
De inmortal juventud y eterna vida?
¿Verdadera ó mentida
Es tu beldad? ¡Quién sabe! El rudo agravio

De la duda perdónale á mi labio:
Quizás para mi amor guardados tienes
Los que me brindas ¡ay! lejanos bienes;
Mas, aunque tu atractivo también fuera
Engañosa quimera,
¿No has de ser á mis ojos siempre hermosa,
No te he de amar mientras aliente y viva,
Si estrechar nunca pude, fugaz diosa,
Entre mis brazos tu belleza esquivá?





Si hubieras tú nacido, amada mía,
Cuando reinó triunfal la poesía
En época distante,
Quizás hubieras sido
Allá, del Arno en el vergel florido,
La Beatriz del Dante.

Si en los días hermosos de Ferrara
Esplendorosa tu beldad brillara
Como sol sin ocaso,
En la corte ducal deslumbradora

Serías la princesa Eleonora,
La adorada del Tasso.

Si la noble Aviñón te diera cuna,
Fuera igual tu fortuna.
En cuanto el mundo abarca
Loaran tu virtud y gentileza:
Serías Laura, la inmortal belleza,
Que eternizó el Petrarca.

Si en el viejo París amor te hiriera
Oyendo ansiosa la lección austera
Del profesor gallardo,
Serías, en la celda silenciosa,
Heloisa, la fiel y triste esposa
Del mísero Abelardo.

Si Aragón, de firmeza excelso templo,
Dándote el ser, te diera noble ejemplo
De lealtad preclara,
Uniendo la constancia y la ternura
Acaso fueras Isabel Segura,
Y el amor te matara.

Y yo, cual tú, (mi presunción perdona)
Ceñir puedo la espléndida corona
Que tanto en tu sien brilla.
A juzgar por el fuego en que me abraso,
Fuera Dante también, Petrarca, Tasso,
Abelardo y Marsilla.

En esas de otra edad bellas visiones
La nuestra ve leyendas y ficciones;
Pero ¿qué nos importa?
Si son para el espíritu halagüeños,
Tengamos siempre en tan divinos sueños
Los dos el alma absorta.

Al excelso ideal rindamos culto;
Mas guardémoslo oculto,
¡Oh dulce amada mía!
Aunque inspira ilusiones muy hermosas,
Hoy la gente no sabe de esas cosas...
Y se nos reiría.





AUN HAY POETAS

No existen ya poetas? ¿Y tú, tú me lo dices,
La niña de ojos claros, la de mejilla en flor,
La que en la frente muestras, serenos y felices,
Cual rayos de una aurora, los sueños del amor?

¿No existen ya poetas? ¡Y anhelos sobrehumanos
El alma hacia un bien guían, que disiparse ve!
¿No existen ya poetas? ¡Y aún alza entrambas manos
Al infinito cielo la perturbada fe!

¿No existen ya poetas? ¡Y aún arde la esperanza!
¿No existen ya poetas? ¡Y aún late el corazón!
¿No existen ya poetas? ¡Y en vaga lontananza
Aún brillan los reflejos de plácida ilusión!

No así en el pecho humano, como en helada tumba,
De amor y poesía muere al ardiente hogar;
No así el sagrado numen vencido se derrumba,
Cual frágil simulacro del sempiterno altar.

Si entre el sangriento polvo que al combatir levanta
La humanidad, el vate con pálida inquietud
Hoy siente que se anuda la voz en su garganta
Y al suelo roto y mudo rodando va el laúd;

Si muere en los espacios inútil y perdido
De envejecidas rimas el fatigado són,
Sin que al rumor del viento Desdémona dé oído,
Sin que á los ecos abra Julieta su balcón;

No entristecida creas, ¡oh niña seductora!,
Que se apagó la antorcha del estro celestial;
El hombre aún ama y sufre, y espera, y ansía y llora;
Pero en el fondo encierra del pecho su ideal.

Eterna luz del alma, que á un más allá la guía,
Visión del infinito, recuerdo del Edén,
En todo noble pecho la hermosa poesía
La aspiración enciende del soberano bien.

Poeta es la doncella que en la naciente luna
Los dulces ojos clava con tímida emoción,
Poetas son las madres que en la ondulante cuna
Mecen al niño tierno con infantil canción.

Poeta es el guerrero que encabritado lanza
En las revueltas haces el volador corcel;
Poeta el navegante que en mar ignoto avanza
La conocida orilla dejando detrás de él.

Poeta es el tribuno que cual ardiente lampo
Fulmina sus arengas sobre el audaz motín;
Poeta es el errante pastor que cruza el campo
Y al viento da las notas de su cantar sin fin.

Poeta es el artista cuyo cincel quebranta
El mármol que en su entraña quizás encierra un Dios;
Poeta es aquel sabio que más altos levanta
Los ojos y en los cielos vuela del astro en pos.

Poeta es el amante que con afán profundo
Solo en dos ojos bellos ve dicha, gloria y luz;
Y el viejo sacerdote que muestra al loco mundo
Con mano descarnada la redentora cruz.

Y el triunfador caudillo que mira en sus umbrales
Los reyes destronados, que imploran su favor,
Y la inocente niña que coje en los zarzales
Para su negra trenza la campesina flor.

Y es siempre nuestro pecho cual escondido clave
Que vibra al ritmo eterno de incomprensible afán,
Y alegre ó quejumbrosa, risueña, triste ó grave,
Quimérica la flauta respóndele de Pan.

Los rayos de la aurora, las nubes del ocaso,
La sombra perfumada del húmedo vergel,
La luna, que en las ramas del bosque se abre paso,
El ruiseñor amante que oculto canta en él;

La brisa que gimiendo los árboles orea,
Las olas que en la arena suspiran al morir,
La trémula campana de la remota aldea,
Los ecos de los montes que la hacen repetir;

La rosa que circuyen enjambres zumbadores,
La fuente que los ciervos buscan de par en par,
Los astros y las aves, los vientos y las flores,
Los buques y las playas, el cielo, el sol, el mar,

Son las eternas rimas, ¡oh niña dulce y pura!
Que para las estrofas de su íntima canción,
Combina en asonancias de singular dulzura
El inmortal poeta, que es nuestro corazón!





Á MIS VERSOS

AL bosque, al prado, al yermo, á la floresta;
Al lirio que abre el perfumado broche;
A los brillantes astros que una fiesta
Hacen de cada noche;

A la luna que entre árboles asoma,
Al rayo que el sol lanza en las umbrías,
Vuestras tímidas alas de paloma
Tended, estrofas mías!

Donde las sombras húmedas condensan
 Viejos troncos de ramas ondulantes,
 A cuyo abrigo los ancianos piensan
 Y sueñan los amantes;

Donde se oculta blanquecina choza
 Del negro bosque en la tiniebla casta,
 Y al hombre dice, que al pasar solloza:
 «Esto á la vida basta»;

Do la cumbre, que se alza gigantesca,
 Los ojos llama, mas el pie fatiga;
 Donde rompe el botón la rosa fresca
 Junto al áspera ortiga;

Doquier fluya sonando la corriente,
 Doquier el aura entre las hojas vibre,
 Doquier vida palpите, amor aliente,
 El vuelo tended libre!

* * *

Preguntad á la flor quién la marchita,
 Preguntad á la estrella por quién luce,

Y al ave, que la humana sombra evita,
Qué instinto la conduce,

Qué instinto la conduce á los erguidos
Arbustos con su alada compañera,
Donde hará en el follaje alegres nidos
Cantar la primavera.

Preguntadle su curso á la corriente
Del raudal claro entre peñascos rota,
O la taza buscad de oculta fuente
Que mana gota á gota.

Sabed por qué las mariposas aman
Flores, y el escorpión áridas piedras;
Con qué atracción recíproca se llaman
Los troncos y las yedras.

* * *

Pero más que saber del ave amores,
Más que buscar las fuentes de los ríos,
Más que indagar secretos de las flores,
Más vale, versos míos,

En el huerto ceñido de granados,
 Ansiosos ir tras la gentil doncella,
 Que céspedes y flores y sembrados,
 Con pie rápido huella;

Y el mundo hallando á su alegría estrecho,
 Y á su respiración pobres las brisas,
 Corre, de vida desbordando el pecho,
 Los labios de sonrisas;

Corre tras una flor que arrastra el viento,
 Tras una sombra que cruzó ligera,
 Tras no sé qué indistinto pensamiento,
 Tras no sé qué quimera!



Id tras ella al jardín, al parque umbrío,
 Al rumoroso bosque, al valle mudo,
 Al verde estanque y al arroyo frío
 Do baña el pie desnudo.

Id tras ella y ciñendo el alba frente
 Do arde la dicha en celestial destello,

Decidle por qué á su ánima inocente
Brilla el mundo tan bello.

Y luego, si en frondoso bosquecillo
Oculta, como el hada de un encanto,
En sus ojos miráis húmedo el brillo
Predecesor del llanto;

Si veis que amortiguada la luz arde,
De sus pupilas y del sol poniente,
Y que nublan las sombras de la tarde
Los cielos y su frente;

Si veis que un bien secreto, que ella implora,
Indócil á su afán huye ó resiste:
Decidle por qué á su alma soñadora
Brilla el mundo tan triste.

* * *

Y cual banda de pájaros errantes,
Que tras mares, desiertos, ríos, montes,
Hallan, por fin, en límites distantes,
Los patrios horizontes:

En su alma pura, que de luz y aroma,
 Inundan sus hermosas fantasías,
 Vuestras tímidas alas de paloma,
 Plegad, estrofas mías!





Soñé ¡visión extraña!

Que eras la reina tú.

—¿Reina de España?

—No lo recuerdo bien, y lo confundo;

Pero, si la memoria no me engaña,

Creo que te soñé reina del mundo.

Eres tú muy hermosa, vida mía,

Y no te ofenderá mi fiel relato:

En regio alcázar, á la luz del día,

Aún más hermosa que eres te veía;

Mira si aquel ensueño fué insensato!

La corona brillaba en tus cabellos,

Aunque no tanto como brillan ellos;
Con plácidos asombros
Miré el manto de púrpura y armiño
Cayendo en anchos pliegues de tus hombros;
Y en tu diestra, tan tierna cual la mano
Sonrosada de un niño,
Resplandecer el cetro soberano.
En tu pecho las placas y las cruces
Eran cual ascuas de encendidas luces.
Bajo dosel de rojo terciopelo
Brillaba augusto tu lujoso estrado;
Cuatro gradas alzábanlo del suelo,
Y le daban más gala y más decoro
Al pie de tu sitial, á cada lado,
Fieramente esculpido, un león de oro.

En torno tuyo, consejeros graves
Con la atención pendiente, reina hermosa,
De tus labios de rosa;
Gentiles-hombres con doradas llaves;
Damas cuya arrogancia
Era pregón de su nobleza rancia;
Venerables prelados,
Ostentando en los hábitos morados
Pectoral de topacios ó rubíes,

Cardenales con ropas carmesíes,
Severos magistrados;
Generales, amantes de la gloria,
En cuyos nobles pechos
Cada insignia evocaba una victoria;
Grandes artistas, sabios escritores
Que bajo el frac lucían satisfechos
Anchas bandas de espléndidos colores;
Con vistosas mucetas
De brillantes matices los doctores;
Sin bandas y sin cruces los poetas;
Y al fondo del salón, tus fieles guardas
Con firme puño, inmóviles y erguidos,
Sosteniendo las limpias alabardas.
Fuera, el cañón con ímpetu tremendo
(Aún su tronar retumba en mis oídos)
Juntaba sus solemnes estampidos
De las campanas al festivo estruendo.

Yo, mirándote absorto, me decía,
Dudoso entre el dolor y la alegría:
«¡Cumplióse al fin su favorable estrella!
¡La corona real es digna de ella!
Será feliz; más ¡ay! ¡no será mía!
Aspirar á su amor, fuera locura;

Y si amo bien, primero es su ventura.
En secreto, mi vida á su servicio
Estará consagrada;
Será mi culto adoración callada;
Mi pasión, voluntario sacrificio.
Vivir solo por ella, ¡dulce suerte!
Y por ella morir, ¡dichosa muerte!
¡También mi porvenir es halagüeno!
¡También ser puedo venturoso!»

Y cuando

A este punto llegaba de mi ensueño,
Me desperté... ¡Me desperté llorando!
Amor mío, mis lágrimas dispensa,
Mi egoísmo perdona...
¡Felicidad, felicidad inmensa,
Sentí al verte sin cetro y sin corona!





ELLA miraba las brillantes flores;
Yo miraba las fúlgidas estrellas.
Al fin, bajé los ojos soñadores;
Ella, al fin, levantó las luces bellas;
Y la mirada en que mi amor profundo
Fué á confundirse con su dulce anhelo,
A todos los trasportes de este mundo
Unió todos los éxtasis del cielo.





¿ANÁLISIS Ó SÍNTESIS?

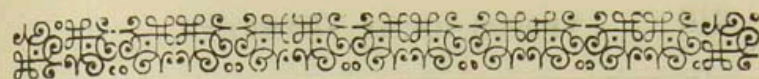
*En el álbum de Elia, en el cual varios ingenios
habían escrito poesías á sus ojos, á su
boca, á sus cabellos, etc., etc.*

SONETO

UNOS cantan el plácido destello
De tus ojos, do amor relampaguea;
Otros, tus labios, do con miel hiblea
El deleite grabó su dulce sello;
Otros, la negra red de tu cabello,
Do quedar preso el corazón desea;
Otros, tu pie, que envidia Citerea,
O los rubios lunares de tu cuello,

¡Absurdo proceder! ¡Vana porfía!
¿Por qué subdividir de extraño modo
Lo que une Dios con docta maestría?
¡A esa desmembración no me acomodo:
Hermosura es conjunto, es armonía,
Es relación, es unidad, es todo!





LAS ALAS

No envidio tus fuertes alas
Por más que el vuelo remontes,
Aguila que audaz resbalas
Por las espléndidas salas
De los amplios horizontes.

Ni vuestras plumas ligeras
Tampoco tender anhelo,
Golondrinas pasajeras,
Que ganáis de un solo vuelo
Las africanas riberas.

El alto cielo y el mar
Cruza á vuestro placer;
Celos no me habéis de dar,
Pues ni ansío mares surcar
Ni rayos del sol beber.

Paloma de vuelos suaves,
Solo á tí las alas pido,
Pues en el valle florido
Desplegarlas no más sabes
Para volar á tu nido.





DESLUMBRAMIENTO

DIME, dime, alma mía:
¿De dónde vienes fatigada y triste?
¿Dó te llevó la loca fantasía?
¿Qué es lo que lejos de la tierra viste?
Más allá de esos estrellados cielos
Cuyos cerúleos velos
Mi obscura mente á penetrar no alcanza,
Y donde tiendes los audaces vuelos
A la dudosa luz de la esperanza,
¿La fuente hallaste, para el hombre ignota,

Donde el raudal de la hermosura brota
Y engendra en sus espumas
La Venus ideal que bella flota
De la ilusión entre las blancas brumas?
¿Viste el astro brillar, cuyos reflejos
Bañan quizás con pálidos fulgores
Los que mira perderse allá á lo lejos
Mi codicioso afán, sueños de amores?

¿Por qué, alma mía, callas?
¿Por qué, alma mía, callas y suspiras?
¿En el humano idioma voces no hallas
Para pintar el luminoso cielo
Que ante tus ojos dilatarse miras,
Ya desgarrado para siempre el velo?
Mas ¡ay! ¡ocioso anhelo!
¿Por qué una voz que dócil le conteste
Pide mi afán á tu dolor profundo,
Si deslumbrada por la luz celeste
Ciega y muda volviste al bajo mundo?





LA SIMA

DICE el viejo cabrero, y se aproxima
Al negro borde de cortada roca:
—«Bajo aquestos acebos honda sima
Abre la horrible boca.

»¿Qué es lo que oculta su ignorado centro?
Rompiendo el sol la matutina niebla,
Ilumina sus fauces. Más adentro
Eterna es la tiniebla.

»Al rayo de esa luz de mediodía
El medroso murciélago se esconde
En subterránea cavidad sombría.

¿A dónde vuela? ¿á dónde?

»Nadie lo sabe. Diz que al exorcismo
Del cura huyó allí dentro antigua maga.
La humana voz se pierde en ese abismo,
Y la antorcha se apaga».

Y apartando el pastor las verdes frondas,
—«Tirad, dice, un guijarro de la sierra:
Lo escucharéis rodar en las más hondas
Entrañas de la tierra».

Y arrastra lento á la voraz garganta
Negro peñasco por el rayo herido;
Rueda, y oigo estallar bajo mi planta
Del trueno el estampido.

Y rimbomba alejándose, del monte
Por los robustos flancos, ahora huecos,
Y en toda la extensión del horizonte
Repítenlo los ecos.

Más sordo luego en lo interior retumba,
Y va muriendo cual se va alejando,
Y espira al fin, cual voz que en una tumba
Desmaya en rumor blando.

Nada se escucha ya. Doblo la frente
Al antro espantador, y en el profundo
Centro fija la vista inútilmente,
Pienso meditabundo.

Imagen ese abismo es del mañana;
Su sombra es el futuro y sus arcanos:
Y esa rodante piedra, esa es la vana
Gloria de los humanos.

Sea un nombre olvidado ó repetido
Por los siglos, su suerte es ¡ay! la misma.
No hay fondo en la honda sima del olvido:
Todo en ella se abisma.

Para la eternidad de las edades
Tu gloria, César, y tu nombre, Homero,
Son cual piedra que en estas soledades
Rodar hace el cabrero.

Así pensaba inquieto. Indiferente
Silbaba el viejo crédulo, y tranquila
La luz del sol, muriendo en occidente,
Bebía su pupila.





EL NIDO DE JILGUEROS

*Romancillo inspirado en el episodio de Mireio
y Vincen, del libro II del poema de Mistral.*

ELLA me dijo una tarde:
—«Hay un nido en el almendro»;
Y le respondí gozoso:
—«¡Un nido! Lo cogemos».
Nos amábamos ya un poco;
Pero niños los dos éramos:
Trece años ella tenía,
Yo tenía trece y medio.

—«Anda despacio» me dijo;
Yo le dije:—«Ve con tiento».
Y al pie del árbol llegamos,
Contemplándolo en silencio.
—«¿Quién subirá por el nido?»
—Yo—yo—Los dos subiremos;
—Mas, añadió vergonzosa,
Has de subir tú primero».
Escalé el tronco robusto;
Agil ella subió luego;
Sombra nos daban las hojas,
Con las que jugaba el viento.
—«¿Dónde está?»—En aquella rama.
—¿Aun no llegas?»—Aun no llego.
—Sube más—¿Ves? Ha volado
La madre—¿Qué es?»—Un jilguero.
—¡Sube, sube!» Y suspendido
En los aires,—«Ya lo veo»,
Grito triunfante, y alargo
La mano. ¡Felices tiempos!
—«Dime, ¿hay muchos?»—¡Muchos!—¿Cuántos?
—Adivínalo.—¿Seis?»—Menos.
—¿Cuatro?»—Más—¡Cinco!»—¡Está claro!
Cinco. Mas ¡cuán pequeñuelos!

«Pian, baten las alitas,
Y quieren comerme el dedo.
—Tendrán hambre. Tráelos pronto
Y les daremos pan tierno.

—Toma: uno, dos, tres, cuatro,
Cinco...—¿Dónde los pondremos?
¡Pobrecitos! Tienen frío...
Aquí, al calor de mi pecho».

Y la candorosa niña,
El flojo corpiño abierto,
Les dió nido, ¡dulce nido!
¡Tan dulce como el primero!

Ligera del árbol salta,
Yo salto tras ella; pero
¿Por qué grita así la niña?
¿Por qué llora sin consuelo?

—Ven pronto, dice, ven pronto;
Quita estos animalejos,
Que me atormentan ¡ingratos!
Con sus uñitas de acero».

Y la desnuda garganta
Me presentó. ¿Por qué ¡oh cielos!
Pasó sobre mis pupilas
Rápida nube de fuego?

Dos capullitos de rosa
Floreçían en el centro
De los dos globos nacientes
Del alabastrino seno.

Y cual dos olas gemelas
En mar tranquilo y sereno,
Palpitaban agitados
En desigual movimiento.

Sin saber por qué ni cómo,
Quedé mudo, inmóvil, yerto,
Y cruzamos angustiosa
Una mirada en silencio.

Yo no sé lo que la niña
Leyó en mis ojos sedientos;
Peço llamarada súbita
Abrasó su rostro bello;

Y veloz, cual cierva herida,
A través huyó del huerto,
El semblante ruboroso
Con ambas manos cubriendo.





VERSOS CANICULARES

SUBIÓ al zenit de la celeste esfera
Febo, rigiendo su triunfal birlocho.
El centígrado miro: ¡suerte fiera!
¡A la sombra señala treinta y ocho!

El Dios del Mediodía, en la alta cumbre
La adarga abraza incandescente y roja;
Sus dardos templa en abrasada lumbre
Y en fulminante lluvia los arroja.

Entre las frondas se guarecen de ellos
Las ya calladas aves campesinas;
Y las niñas curiosas, de ojos bellos,
En el balcón detrás de las cortinas.

Un sopló fresco la garganta anhela;
Arde el viento; las casas son estufas;
Y en vano en las garrafas se congela
La blanca leche de las dulces chufas.

En vano abres el ala de colores,
Blando abanico, que los aires bates,
Y en vez de estrellas, pájaros y flores,
Muestras de Prim pintados los combates.

En vano da ligera vestimenta
El dril á la caterva masculina,
Y el sexo hermoso y seductor ostenta
Trajes de transparente muselina.

¡En vano, en vano todo! El Can sediento,
Fuego arrojando de su abierta fauce,
Roba su aroma y su frescura al viento,
Sus claras linfas al enjuto cauce.

Roba sus flores, que al azar derrama
En olorosa lluvia el seco arbusto;
Su vaivén dulce á la ondulante rama,
Su trémulo suspiro al bosque adusto.

¡Aridez y bochorno! Entre las hojas
Donde saltaba el juguetón jilguero,
Sus amores cantando ó sus congojas,
Hoy cansa la cigarra al pasajero.

En el jardín desplégase inodora
La dalia, que aborrecen los poetas,
Y en vano á tus pies, niña encantadora,
Buscas en él las púdicas violetas.

Mas, si el placer primaveral tú pierdes
Y quieres anhelante nuevos goces,
Ven, la blanca nereida de ojos verdes,
Te está llamando con amigas voces.

* * *

El mar, tendido en su arenoso lecho,
Con arrullos dulcísimos desmaya

Frente á las chozas de pajizo techo
Que envidia O'Taiti á nuestra culta playa.

Cual otra desdeñosa Galatea,
Ven á jugar huyendo de las olas,
Que te darán, como gentil preseña,
Conchas blancas y rubias caracolas.

Llenen las frescas auras tus pulmones,
Y oyendo el bronco són, que el mar repite
Mira brillar los cándidos vellones
Del rebaño flotante de Anfitrite.

Mas no, buscando audaz otros placeres,
Desnudes, sonrojándote, tus velos,
Ni á las aguas te lances, si no quieres
Víctima verme de abrasados celos.

No bese la onda con amargo labio
La fimbria pura de tu suelta falda,
Ni halague luego con mayor agravio
Tu libre talle y tu desnuda espalda.

Yo, que adorando tu belleza vivo,

No puedo consentir, amada niña,
Que el veleidoso mar, viejo lascivo,
Tu hermoso cuerpo alabastrino ciña.

Que con su cana cabellera juegues,
Que te columpie su fugaz oleaje,
Que tus contornos los ceñidos pliegue
Fieles dibujen del bañado traje.

* * *

Detén medrosa el pie junto á la orilla;
Oye el són bronco que la mar repite;
Mira en su espuma, que instantánea brilla,
El vellón del rebaño de Anfitrite;

Pues, si descubro en la húmeda ribera
Tu pie descalzo y diminuto impreso;
Si me dice la brisa pasajera
Que ha rozado tus hombros con su beso;

Si me cuentan las olas que su espuma
Tu dorso de marfil jugando azota,
Y cual de un cisne por la tersa pluma,
Sobre tu seno rueda gota á gota,

Haré sonar de un Polo al otro Polo,
Lanzándolo á las ráfagas de Eolo,
El grito de mi cólera importuno,
Culpándote, no á tí, culpando solo
A mi patrono infiel, á Febo-Apolo,
Que á los brazos te arroja de Neptuno.

Agosto de 1860.





CARTA DE AMOR

Lo que inunda de júbilo mi pecho,
Lo que más te agradezco, niña hermosa,
Es que me quieras tal como me han hecho
Estos tiempos de prosa.

Mientras la luz del cielo centellea
En tu pupila azul, llena de encantos,
De esta edad triste en la vulgar ralea,
¿Quién soy? ¡Uno de tantos!

¡Si yo hubiera vivido—¿qué más glorias?—
En los tiempos de amor y poesía,
Cuando al pie de su dama las victorias
El paladín rendía!

¿Por qué, si esos fantásticos destellos
Ya no iluminan nuestros cielos grises,
Aún en mí late el corazón de aquellos
Soñados Amadises!

* * *

Tú eres la hija del rey, cándida y bella;
En dorado sitial reglas la justa;
Yo, de mi amor la matutina estrella
Miro en tu frente augusta.

Ciño armadura de fulgente acero;
Sobre ella, veste de oro y de velludo;
Gentil cabalgo en alazán ligero;
Embrazo fuerte escudo.

En él con signos poéticos escribo
Mi pasión, y mi afán, y mi esperanza;

Y para su defensa empuño altivo
La retadora lanza,

Va volando el airón de rojas plumas,
Que orna marcial mi belicoso arreo;
Vertiendo mi bridón blancas espumas,
Entró ya en el torneo.

¡Cómo aplaude el concurso alborozado,
De mi rodela al descifrar el mote!
Ya viene contra mí el rival odiado;
Ya cayó al primer bote.

A tí llego: de púrpura y de rosa
Tu rostro celestial el rubor pinta;
Y me ciñes con mano temblorosa
La disputada cinta.

* * *

Porque su imperio la verdad recobre,
Cierra de pronto la ilusión sus alas,
Y estoy en tu presencia, triste y pobre,
Sin más cintas y galas,

Que el terno de patén, gris ó castaño,
El *pardessús* y el hongo por cimera,
Porque no halles en mí nada de extraño,
Para ser... Don Cualquiera!

Y en vez de mantener provocadora
La lanza del combate enarbolada,
Ó de llevar la diestra vencedora
Al puño de la espada,

Me presento fumando cigarrillos,
Cuyo humo sube en círculos livianos,
Ó sin saber qué hacer, en los bolsillos
Hundidas ambas manos.

Y como de mis sueños de poeta
Siempre temí que esquivas te mofases,
Te saludo, cual manda la etiqueta,
Con muy medidas frases,

Ocultando del alma en el abismo
Versos que para tí mi amor compuso,
Porque eso dicen que es romanticismo,
Y que ya no está en uso.

*
* *
*

Mas tú, mi bien, aunque ilusión dorada
Otros mundos quiméricos te muestre,
Estás—¡gracias á Dios!—enamorada
De tu galán pedestre.

Una amiga, lo sé, te ha preguntado:
—«¿Qué es tu novio?»—Y con labios satisfechos
Le has dicho sin remilgos:—«Licenciado
En entrambos Derechos.

«Tiene gran porvenir: la curia toda
Ve la ley reflejada en sus escritos;
Y publica en *El Eco de la Moda*
Sonetos muy bonitos».

Valen poco, ángel mío, mis sonetos;
Menos mis alegatos en el foro.
¿Quieres saber mis méritos secretos?
Pues son... que yo te adoro!

Que yo te adoro, y por tu amor corriera,
Aunque mi audacia y mi denuedo esconda,
Más aventuras que la grey entera
De la Tabla Redonda,

Si en vez de dar, como en el tiempo arcaico,
Al valor temerario digno encomio,
No me encerrara un ministril prosaico
En cualquier manicomio.

* * *

Pero no hay que vestir las férreas mallas
Ni enristrar lanza, ni blandir mandoble,
Para reñir audaz rudas batallas
En otra lid más noble.

Los dramas ignorados de la vida
Emulan con las épicas historias:
Hacer feliz á la mujer querida,
¿Qué mayores victorias?

Yo seré de tu dicha el firme escudo;
Será tu amor el lauro de mis sienas.
A mí, el embate de los males rudo;
A tí, todos los bienes!

Para halagarte el alma y los sentidos,
Hasta en las zarzas buscaré yo flores;

Guardaré en mis entrañas escondidos
Todos los sinsabores,

Caprichos tú tendrás, ¡mujer al cabo!
Yo pondré en procurártelos mi empeño.
Si me quieres esclavo, seré esclavo;
Si dueño, dulce dueño.

Cuando fantaseando el vuelo tiendas,
Sabré mostrarte el ideal divino;
Cuando recorras las terrestres sendas,
Yo te abriré el camino.

Y nadie como yo feliz, si un día,
Porque aparté una piedra de tu paso,
Porque fiel te nombré mientras dormía,
Porque bebí en tu vaso,

—«Descubro tu pasión, dichosa exclamas,
En los delirios con que loco sueñas;
Pero veo aún mejor cuánto me amas
En las cosas pequeñas».





Á veces inquieto duermo
Y sueño extraña quimera:
Que estoy gravemente enfermo
Y que eres tú la enfermera.
 Ciñe tus sienes hermosas
Con augusta majestad
La toca de las piadosas
Hijas de la Caridad.
 Estás callada y sonriente;
Pero clavas intranquilas

En mi abrasadora frente
Las celestiales pupilas.

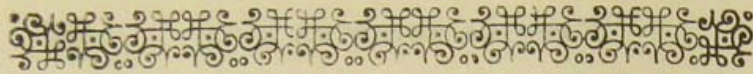
Tu mano, blanca azucena,
En ella pausada pones,
Y una paz suave y serena
Calma sus palpitaciones.

Se adormecen mis sentidos,
Quiere el alma alzar el vuelo,
Y penetra en mis oídos
Una música del cielo.

Es su ritmo dulce y blando
El compás de mi agonía.
Tú, el rosario desgranando,
Vas diciendo: *Ave-María*.

Suena de tu voz ferviente
El eco dentro de mí,
Y muero tranquilamente
Fijos los ojos en tí.





Sobre la estrecha losa
De mi sepulcro frío,
Turbada y silenciosa
Te inclinarás, bien mío.
Al suelo convertida
La trémula mirada,
Verás compadecida
La cruz allí grabada.
Para tu pobre muerto
Traerás á manos llenas,

Cogidos en tu huerto,
Jacintos y azucenas,
Iguales, vida mía,
A las que yo en tu falda,
Gozoso entretegia
Por darte una guirnalda.
En el sagrado suelo
Esparcirás las flores;
Levantarás al cielo
Los ojos soñadores.
Contemplantas la esfera
Brillante, sin agravios;
Una oración sincera
Murmurarán tus labios.
Yo miraré afanoso
Desde el azul, y al verte,
Disfrutaré gozoso
La vida de la muerte.





DIÁLOGO Á MEDIA VOZ

I

Así le dije pensativo:—«Un día
Mitigará la suerte sus rigores,
Y á nuestro dulce amor, hermosa mía,
Dará la dicha inmarcesibles flores.

»Los pardos muros de nociva sombra
Huyendo entonces, do jamás los ecos
Deja dormir la que á la paz asombra
Multitud vana, con clamores huecos;

»Huyendo entonces la ruidosa plaza
Donde toda pasión estalla y lidia,
Y el rencor á su víctima amenaza,
Y su oblicuo atisbar lanza la envidia;

»Iré contigo á los frondosos valles,
Iré contigo á los excelsos montes,
Donde la selva en sus torcidas calles
Cierre nuestros risueños horizontes.

»Un nido quiero á orillas de un torrente
Do hierva el agua en repetidos saltos;
El cielo será allí muy transparente;
Las árboles allí serán muy altos.

»Del hondo cauce entre escarpadas breñas
Clavará, derramando acres olores,
La raíz sobria en las desnudas peñas
La inculca adelfa de rosadas flores.

»Y buscará, donde el raudal se estanca
Entre altos juncos, que jugando tronchas,
Ánsar de cuello curvo y pluma blanca
Del caracol menudo rubias conchas.

»Quiero que en esos juncos, do sin ruido
La brisa, de alas invisibles pasa,
Se columpie el insecto adormecido
De dorado espaldar y alas de gasa.

»Y que al naciente sol un mirlo cante,
Pero, al oír tu voz de alegre timbre,
Vuele el mirlo, dejando palpitante
La frágil caña ó el delgado mimbres.

»Y de los mimbres, porque tú las cojas,
El tronco enlacen y las ténues ramas
Azules campanillas, cuyas hojas
Porque semejan corazones, amas.

»Copien las aguas reducido muro,
A nuestro parco afán jamás estrecho,
Y del follaje que le abriga obscuro
No sobresalga su pajizo techo.

»Y al divisar las rústicas arcadas
Que cubrió trepadora madreSelva,
El que cruce las sendas empolvadas
Del cercano camino, el rostro vuelva.

»El rostro vuelva cuando esté ya lejos,
Y al verlas piense la doncella en flores,
Y en su perdida juventud los viejos
Y el amante feliz en sus amores».

II

Y contestóme cariñosa:—«¡Cuántos,
Hijos de la esperanza, dulces sueños
De luz inundan, de placer y encantos
Los horizontes del amor risueños!

»El cielo, por el sol esclarecido,
El río claro entre musgosas peñas,
Las frescas ramas y el oculto nido,
Son el amor, son el amor que sueñas.

»Son nuestra fantasía, que no sabe
Límites dar á su poder fecundo;
Son nuestro afán inmenso, que no cabe
Dentro del corazón, y llena el mundo.

»¡Amémonos! ¡amémonos! abrigo
Dé al tálamo nupcial y casto velo,

Árbol frondoso de follaje amigo .
Donde canten los pájaros del cielo;

»Ó de torcidas ramas tronco rudo,
Cuyas trémulas hojas amarillas
Vayan, al soplo de aquilón sañudo,
Revolando á caer en mis rodillas;

»Si con la fe de mi cariño me amas,
De tu pasión los sueños creadores,
El verde tronco de frondosas ramas
Y el muerto leño vestirán de flores.

»Como el sol, el amor: cuando en la cumbre
De la montaña que el Oriente cierra,
Serenos lanza su primera lumbre
Sobre la obscura y enlutada tierra,

»Risueño el campo, de la sombra triste,
Luz vívida irradiando, se destaca,
Y no es la luz del mundo, es que el sol viste
Con prestado esplendor la tierra opaca».





EL AVE DE JUNO

TENGO, lector, en mi casa
Un huertecillo, que está
Entre mercé y señoría,
Entre jardín y corral.
Cincuenta metros cuadrados,
Poco menos, poco más;
Parque, parterre y glorieta,
Gallinero y palomar.

Arriva, sol y aire libre;
Abajo, quietud y paz;
Muchas hojas, algún nido:
¿Qué mayor felicidad?

Hay en medio una cisterna,
Y fresca sombra le da
El árbol de las Hespérides
(Huyo del nombre vulgar)
Las famosas pomas de oro
Luciendo en tal cantidad,
Que á ser el oro legítimo,
Valieran un dineral.
De trémulas campanillas,
Tan azules como el mar,
Cubre las cuatro paredes
Una enredadera audaz,
Y entre modestos arbustos
Hiérguese un laurel triunfal,
Diciendo: «¡Yo soy la Gloria!»
«¡Yo soy la Inmortalidad!»

Dos docenas de palomas,
Blancas á no poder más,
Sobre el índigo del cielo
Destacándose al volar,

Algo añaden á este cuadro
De idílico y de ideal,
Mientras escarbando el húmedo
Suelo con pico voraz,
Imagen son las gallinas
De la impura realidad.

Un monarca, un soberano,
En mi humilde vergel hay:
La soberbia ave de Juno,
Es decir: un pavo real.
Sobre hermosa balaustrada
De yeso (no lo digáis,
Pues imitar quiere al mármol
Y no lo imita muy mal),
Tiene entre frondas y flores
El trono su Majestad.
De ligerísimas plumas
Es su corona imperial,
Y si de piedras preciosas
Fuera, no brillara más.
Viste su cuello y su cuerpo
Felpa como no hay igual;
El cobalto y la turquesa
Sus resplandores le dan;

Y de sus hombros descende
En deslumbrador raudal,
Cual cascada de colores
De luz y de claridad,
Un manto, que no tuvieron
Ni lo pudieron soñar
Las princesas ni las reinas
De Memfis ó de Bagdad.

A esa imagen peregrina
Mis ansiosos ojos van,
Y en mi alma, que enamorada
De dulces sueños está,
La aparición del Oriente
Veo surgir y brillar.
Veo al Ganges caudaloso
Torcer el curso feraz
Entre selvas y jardines
De precoz frondosidad,
Donde el bengalí amoroso
Suspira, y ladra el chacal.
Veo pagodas de nácar
Donde tienen regio altar
Ídolos de bronce y oro,
De marfil y de coral.

Y trigueñas odaliscas
De incomparable beldad
En palanquines de seda
Miro á lo lejos pasar,
Y eunucos negros, armados
De cimitarras detrás;
Y elefantes con castillos
Que al más bravo asustarán,
Cuyos combatientes llevan
De flechas lleno el carcaj;
Y caballos de Tartaria
Que hace la espuela volar,
Y camellos, y girafas
De galope desigual.
Y vuelven á mi memoria
Con obsesión pertinaz
Los dulces versos de Arolas,
Que en mi juvenil edad
Encendían en mi espíritu
Explosiones de volcán.
Sueño que soy Amurates
El vencedor padischá,
Y á mis pies miro á Bizancio,
Rendida á mi voluntad.

Mi fuerte escuadra, del Bósforo
Surca el líquido cristal,
Y mis huestes á su orilla
Deponen las armas ya.
En el jardín del Serrallo,
En glorietas de arrayán,
Hermosísimas esclavas
Buscan la felicidad,
Ofreciéndome en sus labios
La miel del mejor panal.

Para celebrar mis glorias,
Aun no siendo de verdad,
Con blando estruendo, la cola
Abre el gentil pavo real,
Y fulgura en aquel cielo
Donde tantos astros hay,
Constelación tan espléndida
Como no se vió jamás.
Quiere dar la voz al viento,
Por mayor solemnidad,
Y suelta... el mayor graznido
De la escala musical,
Trompetazo de borrasca,
Resoplido de huracán,

Esplosión desafinada,
Horrenda, descomunal.

* * *

A un estrecho ventanillo
Que á mi humilde huerto da,
Una vieja retevieja
Asoma la mustia faz,
Y airada grita:—«Vecino,
Ya no puedo sufrir más.
Si á ese incivil pajarraco
No sabe hacerle callar,
Para que lo eche de casa
Le envío un municipal».





GALATEA

BELLA eres, Galatea! Triunfalmente
Mi espíritu en tus ojos centellea;
Palpita en tí mi corazón ardiente;
¡Bella eres, Galatea!

Helado mármol que animó mi aliento,
Oye mis ruegos cuando yo te implore;
Sube al altar que alzó mi pensamiento,
Y deja que te adore.

Cual otro Pigmalión, yo te he extraído
Del fuego que devora el alma mía;
Tus padres, Galatea hermosa, han sido
Amor y Poesía.

Ninguna perfección mi alma te niega;
Todas las hermosuras en tí hermana:
Tú eres la Virgen de Murillo, griega;
Tú la Venus, cristiana.

Mas tu beldad perfecta no te engríe;
Tu pecho afectos tiernos atesora:
Tú eres la niña alegre que sonrío,
Tú la mujer que llora.

Eres la ninfa que cruzar errante
Las encantadas selvas vió Virgilio;
Amazona en la lid, bella y triunfante;
Cloe para el idilio.

Eres la bayadera que te adornas
Más que te velas con flotantes tules;
Y la doncella púdica que entornas
Las pupilas azules.

Arde el fuego de augusta profetisa
En tus ojos que inflama el sol del Asia;
Incitante, halagüeña es tu sonrisa,
La sonrisa de Aspasia.

A un mismo tiempo de carmín colora
La pasión y el rubor tu tez suave;
Tu candor virginal todo lo ignora;
Tu amor todo lo sabe.

Tu alma responde armónica á la mía;
Un goce encuentra en tí cada deseo;
Tu alma es mi alma, que allá en mi fantasía
Yo reflejarse veo.

Eres el ansia que en nosotros vive,
El bien que vemos siempre en lontananza,
La luz que el hombre de otro sol recibe,
La ilusión, la esperanza;

El imposible eterno que soñamos
Y que finge al amor triunfos supremos;
Lo que con más afanes anhelamos,
Lo que nunca obtendremos.



LOS SÍNTOMAS

CÁNDIDA niña triste y doliente,
Que tu mal sufres secretamente,
Fíate, niña, de mi experiencia,
¡Fuera temores!,
Pues son los signos de tu dolencia,
Según la ciencia
De los doctores,
Síntomas ciertos de mal de amores.

¿No es cierto, niña, que en tu ventana
Te ve la estrella
Que más temprana
Su luz destella?

¿No es cierto, niña, que te ve en ella
El primer rayo de la mañana?

¿No es cierto, niña, que cuando miras
La luna bella,
Triste suspiras

Y sentimientos vagos te afligen,
Dulces enojos,

Y que en su disco buscan tus ojos
Algo que ansía
Tu fantasía,

Quizá otros ojos que en tí se fijen,
Quizá otro labio que te sonría?

—

¿No es cierto, niña, jamás contenta,
Que á los que pasan oyes atenta,
Por si te nombra
Su voz acaso;

Que cuando el día muere en su ocaso
Tras las esquinas ves una sombra,
Y largas horas tímida esperas

Que temblar haga su firme paso
Las duras losas de tus aceras?

—
Y de suspiros lleno tu pecho,
Ya disipadas quimeras locas,
A media noche sobre tu lecho
Triste te sientas y al sueño invocas.
Dime, ¿no es cierto que desvelada

Lloras y gimes,
Y en tu almohada
Cálidos besos trémula imprimes?

—
¡Pálida niña! No á tu dolencia
Pócimas busques de los doctores:
Que jamás supo curar su ciencia
Males de amores.





CUANDO escribo, azorado,
Midiendo versos y enlazando rimas,
Tú vienes, de puntillas, á mi lado,
Y silenciosa á mi espaldar te arrimas.
El papel que anhelante borroneo
Atisbas por encima de mis hombros,
Unas veces con grato regodeo,
Otras veces con súbitos asombros,
Porque te place, vanidosa mía,

Que con blando aleteo
Gire en torno de tí mi poesía;
Pero si inspiran sueños delirantes
Mis versos locos, de tu amor distantes,
Su audacia te sorprende y contraría,
Como si á las palomas
Que por amigas de tus juegos tomas,
Y arrullan todo el día en tu ventana,
Extender alas de águila les vieras,
Y remontando el vuelo á otras esferas,
Ir á perderse en la extensión lejana.

Desecha esa confusa
Zozobra que te inquieta;
Tú eres mi única Musa,
Por tí, solo por tí, soy yo poeta.
No temas nunca que los versos míos
Tu pasión firme ultrajen,
Aunque mis soñadores desvaríos
Rindan culto á otra imagen.
Esa, que temes tú, rival odiosa,
Por tu infiel amador idolatrada,
Eres tú, de otras galas adornada,
Y de tí, de tí misma, estás celosa.
Es que en mi ardiente pecho

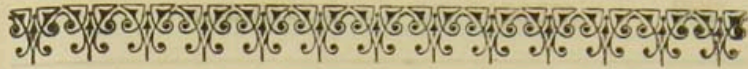
Es el ámbito estrecho
Para este amor, en que mi gloria fundo,
Y quisiera con él llenar el mundo.
Ansío, en toda beldad, que idealizada,
Fué por la poesía y por el arte,
Verte transfigurada,
Para mejor quererte y adorarte,
Y este soñado encanto
Es el enigma oculto, prenda amada,
En esos versos que te alarman tanto.

Si tú eres Ruth, la espigadora errante,
Cuyas blancas mejillas el sol quema,
Booz yo soy, y por mujer te quiero;
Si eres Ester, la bella suplicante,
Para ceñirte la imperial diadema,
Soy tu amador Assuero;
Si eres Elena y como diosa brillas,
Yo soy Paris dichoso,
Que en triunfador reposo,
Doblando la cabeza en tus rodillas,
Surco en audaz bagel el mar undoso
Si eres la dama, hermosa cual ninguna,
De la edad de los nobles paladines

Que en ventana ojival miras la luna,
El trovador yo soy, que en tus jardines
Canta feliz y alcanza su fortuna.
Si eres marquesa, de empolvados rizos,
De Versalles pastora y reina ufana,
Que Wateau por modelo tomaría,
Soy el galán, que admira tus hechizos,
Y la diestra, con grave cortesía,
Para el minué, temblando de alegría,
Te ofrece, mi discreta soberana.
Y á esas bellas, que en sueños de ventura
Veo, y que admiro tanto,
¿Sabes tú qué les da más hermosura?
¿Sabes tú qué les da mayor encanto?
Que encuentro siempre en ellas.
Las luces sosegadas y tranquilas,
Que arden como dulcísimas estrellas,
Con ingenuo candor en tus pupilas.
No temas, pues, idolatrado dueño;
Tú eres mi vida, mi ilusión, mi ensueño.
En todo lo que brilla y resplandece
Contemplar tu hermosura me parece.
Cuando miro una rosa,
La hechicera visión se me aparece

De tu faz ruborosa;
Si los blancos y rojos alelies
Se abren, es que sonríes;
Si aromas del vergel me trae el viento,
Es que aspiro tu aliento;
Si descienden las sombras de la tarde,
Es que velan tus párpados caídos
La viva luz que en tus pupilas arde;
Y si amanece el día,
Es que otra vez tus ojos adormidos
Despiertan y fulguran encendidos.
A tí, solo á tí veo, vida mía,
En cuantas guarda el mundo cosas bellas,
Y te adoro (¡cuán loca fantasía!)
Con el amor que inspiran todas ellas.





REMINISCENCIA

TE hallé, por fin!» dijéronte mis ojos
Cuando te vieron por la vez primera;
Y respondieron sin desdén ni enojos
Los tuyos:—«Sí, yo soy la que te espera».

Si el pasado á tu espíritu no esconde
La tenebrosa noche del olvido,
Dime, mujer ó encantadora, ¿en dónde
Nos hemos encontrado y conocido?

No lo sé, no lo sé; mas, bella y triste,
Cual ángel desterrado de la Gloria,
Cuando te hallé en el mundo, apareciste
Como un dulce recuerdo á mi memoria.

No de humana pasión brotó en la hoguera
El que te rindo reverente culto;
Es santo amor, nacido en otra esfera,
Que fiel el alma conservaba oculto.

¿Por qué pasión tan pura solo encierra
Este inmenso anhelar, que es mi tormento?
¡Ay! es que en vano en la mezquina tierra
Celestes goces renovar intento!

Ansioso busco en tus amantes brazos
Dichas que hallar en ellos no consigo,
Porque están rotos los divinos lazos
Del bien supremo que gocé contigo.

Quizás un día la fecunda llama
Que aún arde sofocada en nuestro pecho,
Abrasó al mundo, como el sol inflama
El vasto espacio, á su esplendor estrecho.

Tu alma entonces llenaba con la mía
De los cielos los ámbitos profundos,
Y cada vez que el corazón latía
Crêaba nuestro aliento nuevos mundos.

Hoy, sentado en las sombras de la muerte,
La memoria perdí del natal cielo;
Mas, de volar hasta su cumbre, al verte
En mi alma brota el insensato anhelo.

Y bebiendo la luz de tu pupila
Y el néctar aspirando de tu boca,
Rasgo todos los velos, é intranquila
Busca un bien imposible mi ansia loca.

Y por eso quizás mi amor ferviente
Une en el vivo afán de sus desvelos,
A los besos que vuelan á tu frente
Los suspiros que suben á los cielos.

Tú, que también, cuando el placer te oprime,
Sobre mi ansioso corazón suspiras,
¿Es que también cual yo, mujer sublime,
Brisas del cielo con afán respiras?

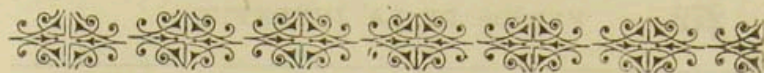
Más que la mía, tu serena frente
Guarda feliz el sobrehumano sello;
Más que en el mío, en tu mirar doliente
Lánguido brilla el celestial destello.

Cuando yo, en busca de placer divino,
Lucho con las de amor vanas zozobras,
Sonrías tan dichosa, que imagino
Que el anhelado bien dulce recobras.

Y mientras á mis ojos densa nube
La luz les roba del nativo cielo,
Desplegas tú las alas del querube
Y á tu patria feliz tiendes el vuelo.

¡Ay! si es verdad que en venturoso día
Gustamos juntos los celestes goces,
Que recobrar no puede el alma mía,
Y que cercanos ya tú reconoces,

Rompa tu amor ¡oh dulce compañera
Los que aquí me encadenan duros lazos,
Y á la patria común que nos espera
Poderosa transpórtame en tus brazos.



ELLA me dijo:—«Mi señor poeta,
¿Por qué, cuando me miras,
Queda clavada tu pupila inquieta,
Y callas mudo, y trémulo suspiras?
¿Acaso exigen las sagradas Musas
A quien la frente su laurel decora,
Esa melancolía abrumadora
Con que á la vida descontento acusas?
¿Ó es sino tan fatal, suerte tan fiera,
Que tú me quieras y que yo te quiera?
Si el amor la alegría no consiente,

¿Dónde estará escondida
Esa hechicera hermosa y complaciente,
Que da el mayor encanto á nuestra vida?
Yo te quiero á mi lado
Risueño, decidor, alborozado,
Orgullosa y feliz de tu fortuna,
Por el sol de la dicha iluminado,
No por la luz de ensueño de la luna.

—No me agravies injusta, yo le dije:
Me da tu amor la dicha de los cielos;
Si algo á veces me aflige,
Es que son aún más grandes mis anhelos.
¿Qué quiero? No lo sé. No hay más hermosa
Otra que tú, para tu fiel amante;
Ni el altar de una diosa
Pedestal para tí fuera bastante.
Al mirarte tan alta,
Quizás para quererte
El ánimo me falta;
Ó quizás, asustado de mi suerte,
El poderla perder me sobresalta.
¡Miserable y triste es el destino humano!
El bien que brilla en él, brilla lejano.

Mas no de mi firmeza desconfíes;
Aunque lejos lo miro,
Me encanta el sueño á que tenaz aspiro.
¿No eres dichosa tú cuando sonríes?
¡Yo soy feliz también cuando suspiro!»

Frunció el labio de rosa
Con un mohín, discreto comentario
De mi respuesta vaga, y desdeñosa
Repuso:—«¡Eres un loco visionario!
Te remontas tan bien, y tanto subes,
Que te ocultas y pierdes en las nubes.
La voz del corazón dócil yo escucho,
Y afecto más sencillo me demanda:
Soy infeliz mujer, te quiero mucho,
Y siempre te querré como Dios manda.
Dios manda que constantes nos amemos
En la justa medida,
Sin pretender los júbilos supremos
Que impropios son de nuestra pobre vida.
La diosa yo no soy que te figuras;
Flaca y débil me siento
Cual todas las humanas criaturas;
Pero me da tu amor fuerza y aliento,

Feliz consuelo á las amargas penas,
Luz en la incierta vía,
Y la franca alegría,
Florecimiento de las almas buenas.
¿Mi amor no te da á tí fuerzas iguales?
Pues juntas nos prometen la victoria?
La vida tendrá males,
Pero será el vencerlos nuestra gloria.
Emprendamos gozosos la jornada;
Si el cielo oculta nubarrón sombrío,
Yo te diré animosa: «En tí confío»,
Tú me contestarás: «No temas nada».
Angosta es nuestra senda y escarpada;
Pero—ya lo verás—en sus ribazos
Brotarán flores bellas.
Conténtate con ellas,
Y no tiendas inútiles los brazos
Por coger en el cielo las estrellas».

—Tienes razón, le dije, amada mía;
¿Quién á tu dulce júbilo resiste?
Y al verla, que feliz resplandecía,
Yo también sonreía...
Con sonrisa insegura, helada y triste.



SOPLO DE INVIERNO

POR qué en mis brazos buscas, oh bien mío,
Asilo protector? ¿Por qué la frente
Sobre mi pecho pálida reposas?
¡Ay! Es que el soplo frío
Del ábrego inclemente,
Rudo arrollando las templadas brisas,
Arranca de tu sien mustias las rosas,
Tristes hiela en tus labios las sonrisas.

Al silbo de sus ráfagas veloces,
Mudo responde tu temblor interno;
Te traen quizá las desgarradas voces
Que gimen en las noches del invierno!

El sol su disco, sin destellos de oro,
Entre las nubes del ocaso esconde,
Y de las aves azorado el coro
Disperso vuela sin saber adonde.
El clamor misterioso que en los huecos
Antros se oculta, al aquilón responde,
Y á lo lejos se pierden, repetidos
Sus lúgubres gemidos
De roca en roca en los tardíos ecos,
Rugiendo en són de guerra,
La tempestad al universo aterra,
Y con tristes congojas
Retiemblan las entrañas de la tierra,
Y calla el ruiseñor entre las hojas.

¿Te acuerdas de la plácida alborada
(Aún su luz en tus ojos reverbera)
A cuyos sonrosados resplandores,
De rosas coronada,

Para hacer florecer nuestros amores
Del cielo descendió la primavera?
La vistosa pradera
Tendía á nuestros pies todas sus galas;
Rayos nos daba el sol, el campo aromas,
Y sobre nuestra sien sonoras alas
Batían las palomas.
Y nuestro amor naciente
Que aspiraba la dicha en el ambiente,
Poblando el mundo de celestes sueños,
Pensaba contemplar eternamente
Los horizontes del Abril risueños!
¿Quién nos dijera que tan dulces horas
Huyeron ¡ay! cual huye pasajera
Banda de golondrinas voladoras?
¿Quién entonces, ¡mi bien!, nos lo dijera?

Volverá Abril con sus serenos días,
Volverá Abril con sus templadas noches,
Poblarán nuevas aves las umbrías,
Y nuevas rosas abrirán sus broches;
Mas, dime, si lo sabes:
¿Volverán nuestras dulces alegrías
Con esas rosas y con esas aves?

La primavera, de olorosas flores
Llena traerá la recogida falda;
Mas, para nuestra frente, los amores
¿Tejerán otra vez fresca guirnalda?

No lo sé, no lo sé; pero funesta
Suenan en el pecho mío
Voz que á la ruda tempestad contesta;
Y lleno el corazón de espanto frío,
Cuando la noche esparce su beleño,
Gira á mi alrededor en vago sueño
El tropel de los males espantoso,
Que con fiero ademán y torbo ceño
Delante surgen de quien es dichoso.
¿Es presagio fatal ó ilusión vana?
¿Serán nuestros amores
Cual flor de una mañana,
Y á esos cielos mejores
Irán, á donde van, cuando la verde
Selva las hojas marchitadas pierde,
Los dulces ruiseñores?

Ven, ven, y seca el llanto, dueño mío.
Aún en tus ojos bellos

Del sol de Mayo brillan los destellos,
La última brisa del dorado estío
Aún riza tus cabellos.
Aún nos da el valle su mullida alfombra,
Y el hondo bosque entre sus verdes ramos
Oculto nido de apacible sombra:
Aún vivimos felices, aún amamos!
¿Quién sabe del mañana? Deja, deja
Que fatídica grazne la corneja.
Ven al jardín, de flores ya desnudo,
Y allí, mi amor, con mano temblorosa,
Antes que la deshoje el cierzo rudo,
Cogeré para tí la última rosa.



INDEX

ÍNDICE

	Págs.
ADVERTENCIA PRELIMINAR.	v
SALUDO.	1
DEDICATORIA.	7
EN EL CAMPO. <i>Versos de los diez y ocho años.</i>	9
EN LA FUENTE. <i>Romance lugareño.</i>	14
AMORES DE POETA.	18
LA FLOR AMARILLA.	20
LA LUZ.	25
LA SOMBRA.	31
¡AMOR!	38
LAS DONCELLAS DE CHIPRE.	42
<i>Oh, tú, que oyes atenta los acordes....</i>	48
LAS MONTAÑAS.	51

	Págs.
<i>No me digas, oh niña encantadora....</i> . . .	57
NUEVO ENDIMIÓN.	61
FLORESCENCIA.	63
Á D. EN SUS DÍAS.	66
NOCHE ESTRELLADA, <i>Soneto</i>	73
<i>Oh dulce niña, que constante adoro</i>	75
TU VENTANA.	78
EL TORRENTE.	80
BAJO LOS ÁRBOLES DEL RETIRO.	84
LA MUSA Y LA MUJER.	90
AUSENCIA.	97
EN LA ESPESURA. <i>Versos escritos sobre un</i> <i>pensamiento de Goethe</i>	99
EL RAMO DE ROSAS.	103
CANTO EPITALÁMICO. <i>Coro de doncellas</i> . .	107
OYÉNDOLA CANTAR.	111
LA MELANCOLÍA.	113
LOS PRESENTES.	116
MAL SUEÑO.	119
LA SIRENA.	125
TRANSFIGURACIÓN.	130
AL CAER LA TARDE.	132
Á LA LUNA.	134
EL SECRETO DEL AMOR.	139
LA FLOR DE MI VENTANA.	142

	Págs.
<i>Oh niña hermosa entre las más hermosas.</i>	145
EL IDILIO DEL ZAPATERO.	148
LA ALONDRA.	152
PÁJAROS ESPANTADOS.	155
EL DÚO NUPCIAL.	156
LA ENCINA.	160
LAS ESTRELLAS.	164
CARTA Á VICENTE W. QUEROL	170
CONTESTACIÓN.. . . .	175
EN EL SILENCIO DE LA NOCHE.	181
<i>Brille en Oriente el luminar del día:</i>	183
LA ARMONÍA.	186
<i>Si te disgusta que te diga, hermosa.</i>	192
LA ESPERANZA.	193
<i>Si hubieras tú nacido, amada mía.</i>	196
AUN HAY POETAS.	199
Á MIS VERSOS	204
<i>Soñé ¡visión extraña!</i>	210
<i>Ella miraba las brillantes flores.</i>	214
¿ANÁLISIS Ó SÍNTESIS? <i>Soneto.</i>	215
LAS ALAS	217
DESLUMBRAMIENTO.	219
LA SIMA.	221
EL NIDO DE GILGUEROS.	225
VERSOS CANICULARES.	229

	Págs.
CARTA DE AMOR.	235
<i>A veces inquieto duermo.</i>	242
<i>Sobre la estrecha losa.</i>	244
DIÁLOGO A MEDIA VOZ.	246
EL AVE DE JUNO.. . . .	252
GALATEA.	258
LOS SÍNTOMAS.. . . .	261
<i>Cuando escribo, azorado.</i>	264
REMINISCENCIA.. . . .	269
<i>Ella me dijo: «mi señor poeta.</i>	273
SOPLO DE INVIERNO.. . . .	277



No se ha puesto en este libro *Fe de erratas* porque no las hay.



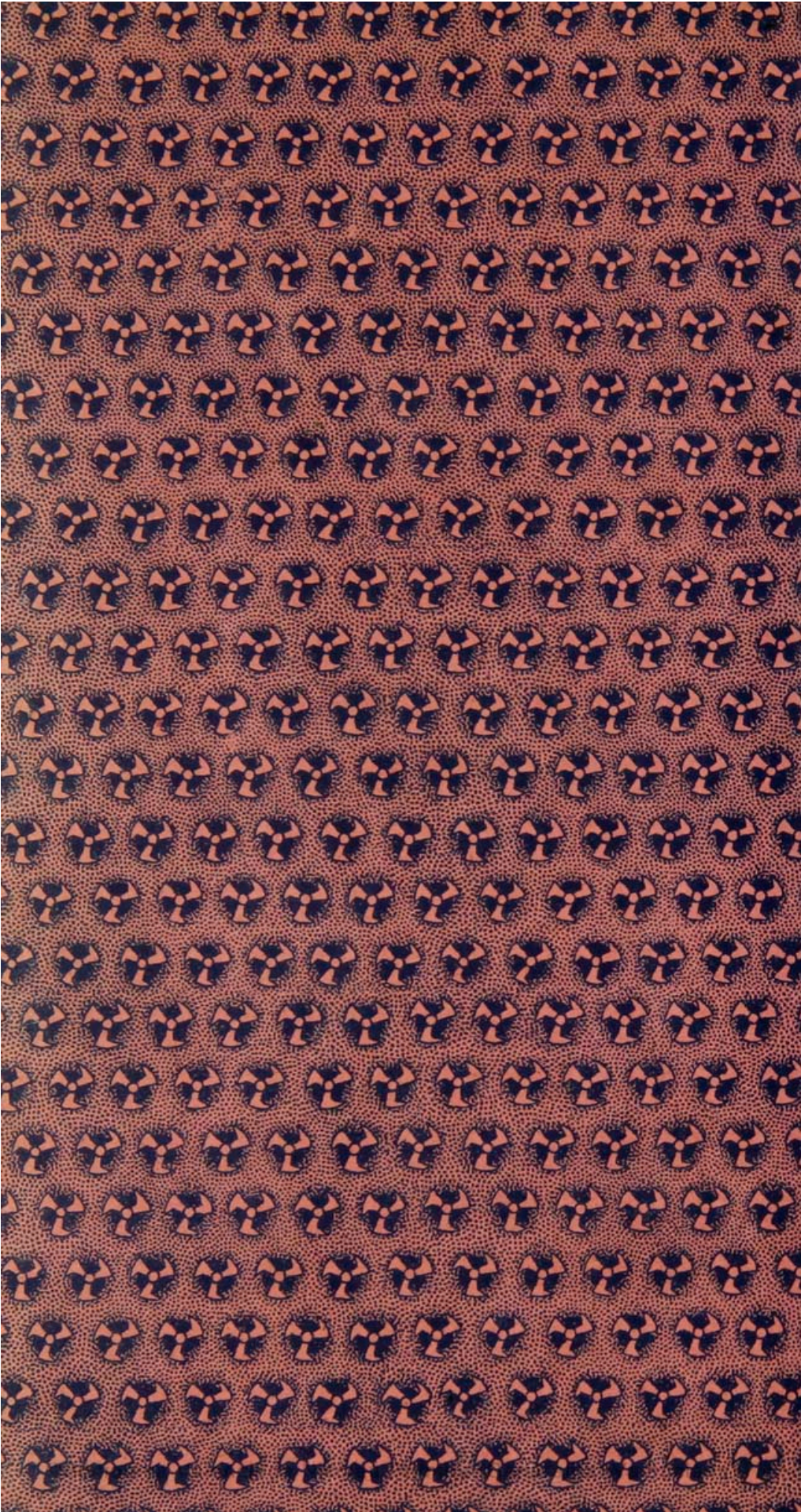
ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN VALENCIA


EN EL ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

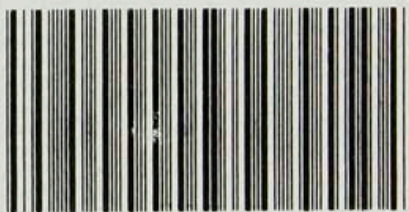
DE FEDERICO DOMENECH Y C.^a

EL 22 DE MAYO DE 1907

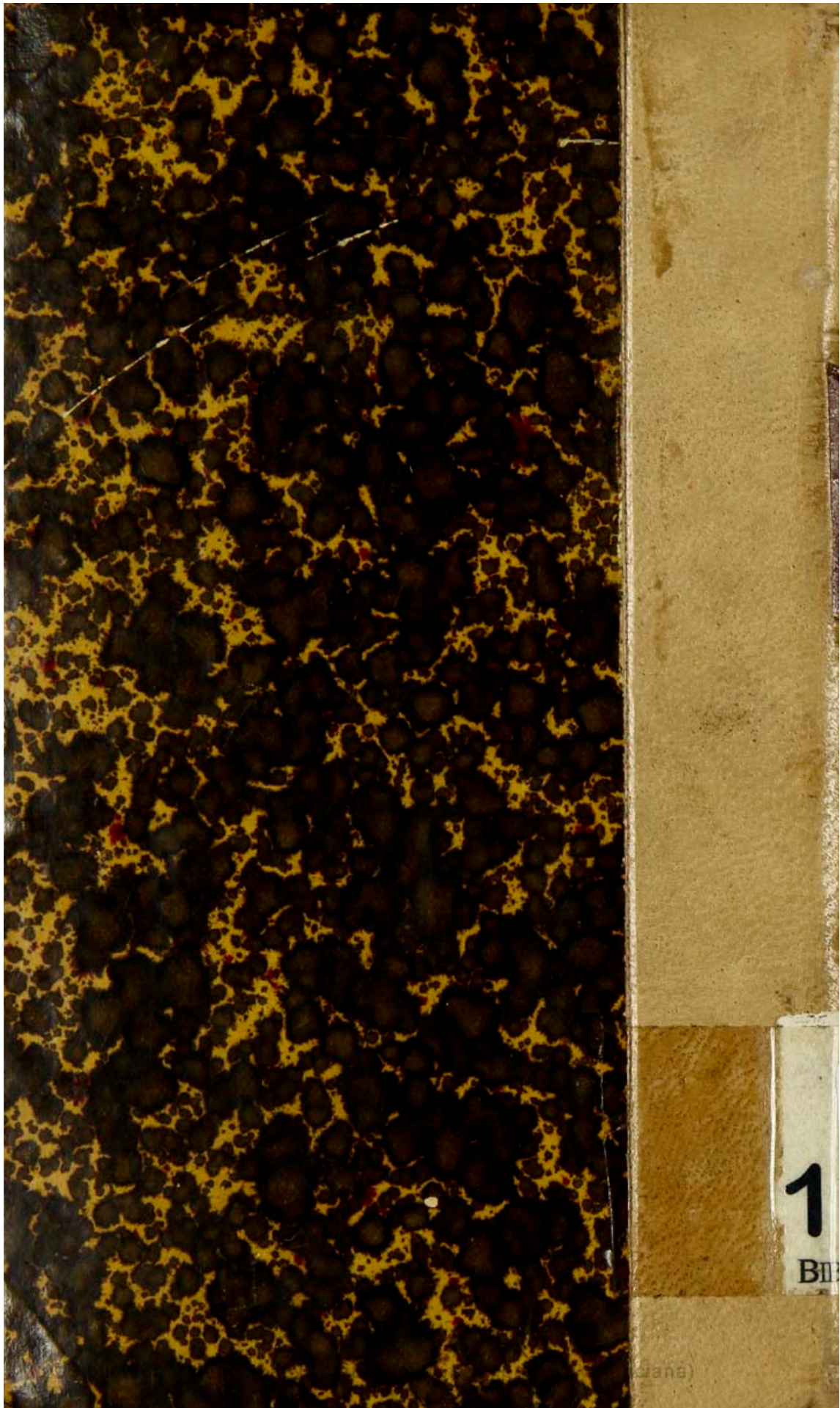
298



Biblioteca  Valenciana



31000005832079



1

BIB